

El Colegio de México

**“NIGERIA COMO POTENCIA MEDIA EMERGENTE: SUS
CARACTERÍSTICAS CONSTITUTIVAS (1999-2009)”**

Tesis presentada por
DALIA SANTANA CERÓN

en conformidad con los requisitos
establecidos para recibir el grado de
MAESTRÍA EN ESTUDIOS DE ASIA Y ÁFRICA

ESPECIALIDAD

ÁFRICA

Centro de Estudios de Asia y África

2011

Índice

Introducción	3
Capítulo I. Marco Teórico: Potencias Medias y Potencias Medias Emergentes.....	11
1.1 Consideraciones históricas sobre el estudio de las Potencias Medias.....	11
1.2 Características de las Potencias Medias y las Potencias Medias Emergentes.....	23
Capítulo II. Perfil Interno de Nigeria: Características constitutivas materiales y no materiales.....	36
2.1 Situación Interna de Nigeria: Condiciones Materiales.....	36
2.1.1 Condiciones territoriales.....	36
2.1.1.1 Extensión.....	36
2.1.1.2 Morfología y Litorales.....	37
2.1.1.3 Fronteras.....	37
2.1.1.4 Recursos Naturales.....	38
2.1.1.5 Medio Ambiente.....	39
2.1.2 Condiciones Poblacionales.....	41
2.1.3 Condiciones Económicas.....	43
2.1.4 Poderío Militar.....	45
2.2 Situación Interna de Nigeria: Condiciones No Materiales.....	46
2.2.1 Antecedentes Históricos de Nigeria.....	46
2.2.2 De 1999 a 2009.....	63
Capítulo III. Evaluación del Caso: Nigeria como Potencia Media Emergente.....	79
3.1 Percepción de Nigeria como Líder.....	79
3.2 Actuación e Importancia de Nigeria hacia el Exterior.....	85
3.3 Evaluación del Caso.....	98
Consideraciones Finales.....	107
Referencias bibliográficas.....	113

Introducción

Tanto el campo como el área de conocimiento que abarcan los estudios africanos son amplios y muy variados, sin embargo, a pesar de lo extensos que éstos pueden llegar a ser ha sido relativamente poco lo que se ha escrito sobre el nuevo papel y el tipo de inserción de los Estados de este continente en el orden mundial. Esta situación supone el grave riesgo de marginalizar y por lo tanto de obstaculizar el desarrollo de los estudios tendientes a entender el peso específico de las naciones africanas en el sistema internacional. Es por esta razón que el caso de estudio aquí presentado se ha propuesto presentar el análisis del caso de un país africano cuyo papel es cada vez más trascendente no solamente en el contexto africano, sino también en el mundial.

En este sentido, ya que no existen muchos estudios que se enfoquen al análisis del tipo de inserción y actuación de países del continente africano en la jerarquía de poder internacional como nuevos polos de crecimiento económico y/o poder político, el estudio de la República Federal Nigeria se presenta como analíticamente relevante al interior del contexto regional en el que se desenvuelve, además de que implica atender a la cuestión del tipo de papel que juegan otras clases de Estados de menor desarrollo económico y político comparados con otros Estados ubicados en mejores posiciones en el sistema internacional.

En otras palabras, se presenta al caso de Nigeria como el de un tipo de Estado que puede ser ubicado inmediatamente después de las potencias medias tradicionales y que no por ello es necesariamente débil material y estructuralmente, pero que aún sufre de rezagos sobre

todo en materia democrática y de desarrollo y se le clasifica como potencia media emergente.

Finalmente, el tipo de análisis aquí planteado va de adentro hacia afuera, es decir, se presentan las características constitutivas internas de Nigeria y su correlación con su proyección al exterior. Se escogió el caso de Nigeria para este estudio por su importancia económica y estratégica –aunque relativa- a nivel mundial, basada principalmente en su posesión de petróleo y por su influencia diplomática regional (en África subsahariana).

A pesar de mostrar índices económicos y de desarrollo por debajo de otras potencias medias, Nigeria aparece como un “gigante” (demográfico, militar, político y económico) en el contexto de África, sobre el que ha ejercido tradicionalmente un cierto liderazgo al erigirse en portavoz de varios de los asuntos de la agenda continental.

Nigeria atraviesa por problemas internos que absorben la mayoría de sus recursos, lo que limita esa influencia regional, y con las salvedades que ello implica, en el presente estudio se pretende dar especial atención a la manera en la que este Estado lidia con estas debilidades internas para continuar erigiéndose como la principal potencia en la región de África Occidental con un papel muy activo. Esta cuestión se presenta como una de las principales motivaciones de la propuesta de investigación aquí planteada.

Siguiendo esta lógica, el presente trabajo tiene como objetivo fundamental estudiar el caso de la República Federal de Nigeria como una potencia media emergente en el periodo comprendido entre 1999 y 2009. Este periodo histórico es significativo pues inicia con las

primeras elecciones llevadas a cabo en Nigeria calificadas como democráticas, de las cuales resultó electo el Presidente Olusegun Obasanjo y concluye en 2009 cuando se pueden distinguir algunos indicios de una actuación más proactiva del Estado, no sólo en el ámbito interno, sino también en los ámbitos regional e internacional tales como la renovada atención a la deuda externa del país por parte del presidente Yar'Adua, la invitación a Nigeria para formar parte del Consejo de Seguridad de la ONU como miembro no permanente en el periodo 2010-2011 y la organización de los diálogos del Consejo de Paz y Seguridad de la Unión Africana, en octubre de 2009 en Abuja.

Por lo tanto la hipótesis que se propone en este estudio es que tomando en cuenta la emergencia de nuevos actores que han estado cobrando mayor influencia e importancia en la escena internacional como resultado del progreso en sus ámbitos político, económico y militar, contribuyendo por tanto, a la transformación en mayor o menor medida del orden internacional y, dado que Nigeria puede ser considerado como uno de estos nuevos actores debido a sus características constitutivas internas, materiales y no materiales, es factible afirmar que dentro de su contexto regional este país puede ser identificado como una “potencia media emergente” capaz de influir en aquellos asuntos de mayor preponderancia para la región, volviéndolo por tanto una pieza clave en la misma y un referente innegable para el conocimiento de las relaciones de poder regionales.

Si bien la categoría de potencia media emergente se define bajo el marco del comportamiento y jerarquía de los Estados y se refleja en su política exterior, este estudio se concentra esencialmente en las bases internas constitutivas de Nigeria que son base y fundamento de dicho comportamiento.

Aunque existen estudios referidos al liderazgo de Nigeria en su actuación en la zona occidental del continente, en especial en cuanto a su desempeño en el marco de la ECOWAS (*Economic Community of West African States*), tales como el de Julius Emeka Okolo en el que aborda la cuestión de la seguridad en África Occidental o el de Olutunde Ojo quien hace un recuento de la formación de esta organización y el papel que Nigeria jugó en la misma, hasta donde se indagó no existen estudios que se enfoquen en el estudio del caso particular de este Estado como potencia regional, ya que únicamente se hace mención de él como parte de un conjunto de Estados, o bien se le menciona como ejemplo cuando se enlistan actores que tienen pesos específicos y determinantes en sus regiones. Entre este tipo de estudios se puede mencionar el de Carsten Holbraad de los años ochenta en el que se menciona a Nigeria en una lista jerárquica basada en la consideración del Producto Nacional Bruto y la población; asimismo se encuentra el trabajo de Eduard Jordaan en el que Nigeria y otros países aparecen ejemplificando lo restringido y simple de algunos indicadores económicos para la clasificación de las Potencias Medias Emergentes. Por otro lado, tampoco se encuentran estudios que hagan un análisis de las variables internas de este país como constituyentes fundamentales de su comportamiento como potencia media emergente. En estudios como el de Susanne Gratius del año 2007 si bien se hace una mención sobre la importancia de la consideración de la fragilidad interna de los Estados y de los actores regionales, no se profundiza en la manera en la que ello afecta o determina el tipo de comportamiento en tanto que potencias medias emergentes.

Algunas de las preguntas más relevantes que plantean en esta investigación son: ¿Cuáles son las variables que permitirían clasificar a Nigeria como potencia media emergente?; ¿Cuáles son sus principales debilidades?; ¿Cuál puede ser el peso de las variables

específicas para singularizar el comportamiento hacia el exterior de Nigeria?; ¿Qué es una potencia media?; ¿Qué es una potencia media emergente?; ¿Es posible identificar diferencias tangibles entre potencias medias y potencias medias emergentes?

Con la finalidad de abordar el objetivo planteado y dar respuesta a los anteriores cuestionamientos, el presente trabajo se ha dividido en tres capítulos. En el primero se presenta el marco teórico que servirá para contrastar el caso de Nigeria: el objetivo de este capítulo es analizar las consideraciones académicas más relevantes sobre las potencias medias en general. A su vez este capítulo ha sido dividido en dos acápite. En el primero se plantea un breve esbozo histórico del estudio de las potencias medias y sobre la manera en la que se concibe a la jerarquía internacional. En el siguiente acápite se considera la distinción entre los dos conceptos fundamentales: potencia media y potencia media emergente.

En términos generales, en el capítulo inicial se desarrolla una vertiente tradicional del ámbito de las Relaciones Internacionales que hace referencia a la capacidad de los Estados para lograr que su voluntad sea aceptada por los demás y para hacerles actuar de un modo determinado, sin tener necesariamente que recurrir al uso de la coerción . A partir de esta premisa fue posible elaborar distinciones entre hegemonía, poder, fuerza, influencia y capacidades, entre otras.

Asimismo, mientras se retoma lo expuesto por diversos estudiosos de las potencias medias, se hace énfasis en el hecho de que existen Estados que gracias al desarrollo de ciertas de sus condiciones principalmente económicas, políticas, sociales y de negociación, pueden

ser considerados como Estados capaces de llegar a afectar, en mayor o menor medida, el tipo de relaciones al interior del orden internacional, ya sea con actitudes reformistas o de aceptación.

De acuerdo con estos elementos a considerar se plantea el caso de Nigeria como uno de aquellos Estados que han adquirido una relevancia determinante en la configuración de las relaciones de poder de su entorno y se presenta la idea inicial de que ello se debe en gran medida a la conjunción y a la proyección de sus atributos de carácter interno.

En el segundo capítulo se caracteriza el objeto de estudio, es decir se desarrollan los elementos constitutivos que configuran y fundamentan la hipótesis de que Nigeria es una potencia media emergente, la cual cumple con las características (fundamentalmente de carácter interno) para ser reconocida como tal. Este capítulo se divide en dos subcapítulos para ayudar a identificar los diferentes tipos de atributos con los que cuenta Nigeria. En el primero se desarrollan de manera muy concisa las características constitutivas de tipo material de Nigeria tales como sus dimensiones y peculiaridades territoriales, sus recursos naturales, sus condiciones demográficas y de constitución social, así como su tipo de economía y su potencial militar. En este punto no se hizo mucho énfasis en el análisis de este tipo de atributos debido a que se considera que son un requerimiento mínimo indispensable para cualquier tipo de potencia.

El siguiente subcapítulo tiene por objeto el análisis de las características constitutivas no materiales de Nigeria durante el periodo abarcado, pero antes de proceder con ello se presenta un esbozo de sus antecedentes históricos (desde los primeros habitantes del

territorio, pasando por los principales núcleos de poder que se desarrollaron en cada región del país, hasta llegar a la época colonial, la independencia y los posteriores periodos de gobierno) para ayudar a entender el tipo de procesos que dieron paso al contexto imperante en el periodo del que se ocupa este trabajo. Asimismo, en este subcapítulo se acentúan algunos fenómenos y procesos históricos que fueron determinantes para la conformación de comportamientos, actitudes, posturas, prácticas y tendencias que seguiría Nigeria como país independiente.

Finalmente en el último subcapítulo del segundo capítulo se aborda el periodo histórico propuesto y se subraya el hecho de que la conjunción de elementos disfuncionales al interior de Nigeria debilitan al Estado y por lo tanto merman sus posibilidades de consolidación. Este último acápite es de relevancia trascendental para los objetivos de este estudio puesto que en él se ahonda en la cuestión de la democracia en Nigeria.

El tema de la democracia resulta fundamental por el hecho de que la calidad de ésta es determinante para la caracterización de una potencia media emergente. En general es propio de una potencia de este tipo encontrarse en el proceso hacia la democratización, es decir, las potencias medias emergentes aún no ven consolidada una verdadera democracia al interior de sus Estados, pero presentan indicios que los hacen tendientes a ello. Es precisamente esto lo que se evidencia en el caso de Nigeria entre los años 1999 y 2009.

Por último, en el capítulo final se evalúa el caso de Nigeria con el objetivo de contrastar hasta qué punto este Estado cumple o no con las características enunciadas en el capítulo

primero de las potencias medias emergentes, sobre todo con las características de tipo interno.

Antes de proceder con la evaluación, en el tercer capítulo se presentan dos apartados que tienen por objetivo abordar de manera concisa dos elementos más de Nigeria para su consideración como potencia media emergente. El primero es el que se refiere a la percepción que los gobernantes de este Estado tienen sobre el mismo, en otras palabras, hasta qué punto la elite política identifica a Nigeria como un líder y en qué se basa esta percepción. El siguiente apartado tiene por objetivo presentar –sobre todo con el caso de ECOWAS- ejemplos en los que Nigeria ha actuado como líder, haciendo énfasis en aquellas acciones llevadas a cabo durante el periodo aquí abordado. En suma, estos dos elementos servirán de apoyo para hacer evidente la manera en la cual las características internas de Nigeria se han proyectado hacia el exterior y cómo han posicionado a este país en los escalafones de las potencias medias emergentes en la jerarquía internacional de poder.

En el último apartado se hace la evaluación final del caso de estudio y se plantean algunas consideraciones clave sobre la importancia de realizar análisis contextualizados que –como en este caso- más que servir como herramientas para clasificar y diferenciar a los Estados, sirven para entender el por qué de sus condiciones y para presentar posibles tendencias del desarrollo de los mismos.

Capítulo I. Marco Teórico: Potencias Medias y Potencias Medias Emergentes

1.1 Consideraciones históricas sobre el estudio de las Potencias Medias

Con el objetivo de analizar el caso de Nigeria como potencia media emergente, en primer lugar resulta necesario definir claramente el concepto que servirá de base teórica y de referencia para el análisis del objeto de estudio, es decir, qué es lo que se entenderá por *potencia media emergente*, así como las variables que este concepto debe incluir. Por otra parte, y dado que en diversos estudios de Relaciones Internacionales se tiende a confundir o a equiparar el término de potencia media emergente con el de potencia media, también se considera necesario hacer la diferenciación entre estos dos conceptos.

Después del término de la Guerra Fría, mucho se escribió sobre la nueva conformación del orden mundial que había surgido como resultado de ese proceso histórico. La mayoría de los trabajos que se discutían en los círculos académicos analizaban la forma en la que se había pasado de un orden de dominación bipolar a uno en el que el poder quedaba en manos de un sólo Estado, un orden unipolar que al igual que al término de la Segunda Guerra Mundial seguía contando con la legitimación institucionalizada de una unión de Estados que ahora estarían sujetos a un nuevo orden hegemónico. En este contexto, poco se decía sobre el papel que desempeñaban al interior de este nuevo orden países “secundarios” (como Canadá o algunos países de Europa occidental) en términos de ejercicio de verdadera influencia para la conformación y funcionamiento de dicho orden. Así pues, la mayoría de estos trabajos centraban su atención en relaciones de subordinación

entre el Norte y el Sur, en lo que Carsten Holbraad denominaría como una postura dualista del sistema (Holbraad, 1984:67), lo cual supone que muchos de esos estudios caían en la generalización.

Para Holbraad se debía considerar a los “poderes secundarios” en relación con los “súper poderes”, como otro tipo de “poderes mayores” los cuales a su vez constituían una clase separada de Estados y no solo agregados en una generalidad.

No es difícil comprender el porqué de este tipo de consideraciones sobre los Estados con estatus cuya influencia no era tan considerable en el orden mundial, debido a que en realidad en aquella época el papel que éstos desempeñaban resultaba marginal, si se comparaba con la envergadura de las acciones que realizaba la potencia dominante (Estados Unidos) y sus aliados más cercanos. Sin embargo, en tiempos más recientes esta tendencia en el estudio de los poderes menores en relación con las potencias medias o con el hegemon, ha venido cambiando y ahora se parte de una consideración mucho más amplia y profunda acerca de las características y comportamiento de este tipo de actores y su impacto en la conformación del orden mundial.

Si bien todavía se hace referencia en términos generales al predominio de un orden mundial unipolar encabezado por EUA, también es cierto que, sobre todo desde la época de los 90's, el liderazgo del hegemon ha sido retado en más de una ocasión por causas muy diversas, lo cual ha contribuido no sólo a los cuestionamientos sobre su permanencia sino también a su propio resquebrajamiento.

Dada esta situación, actualmente el estudio del papel que juegan actores que hasta mediados de la década de los 90's todavía se consideraban secundarios o menores en términos de su capacidad de influir en la configuración del ambiente internacional ha cobrado una mayor relevancia ya que responde al hecho de que ahora estos actores reclaman una mayor importancia en diversas cuestiones que conciernen al funcionamiento del sistema mundial.

Dado que desde el punto de vista del presente estudio se considera a la República de Nigeria como uno de estos actores que –desde su zona de influencia- en la actualidad interviene de manera relativamente constante y trascendente en la articulación y funcionamiento del actual orden mundial, resulta necesario indagar hasta qué punto y bajo qué parámetros es posible identificar en este país aquellas características o atributos propios de potencia media emergente y cuál es el tipo de influencia que ejerce al interior del orden prevaleciente.

Para el cumplimiento de este objetivo inicialmente se deben considerar dos puntos. En primer lugar se debe precisar la manera en la que se concibe al ambiente internacional, es decir, cómo se integra, cómo se articula y cómo funciona y posteriormente definir y distinguir el concepto de potencia media emergente.

Para responder a la interrogante de cómo se interpreta el sistema internacional en el cual se desenvuelve Nigeria, en primer lugar resulta necesario abordar la idea de jerarquía de poder internacional, puesto que se considera que el orden internacional en el cual los Estados operan sigue relaciones de tipo escalonado.

Desde el punto de vista teórico, hay que considerar que, como lo menciona Jordi Palou, siempre que se habla por ejemplo del poder de un Estado, es necesario establecer una relación o comparación con el poder que disponen otros Estados (Palou, 1993:7), así que este tipo de comparaciones son las que hacen suponer que todos los agentes que integran el conglomerado internacional se encuentran inmersos en relaciones de jerarquía y que por lo tanto cada uno de ellos ocupa una posición determinada dependiendo de varios factores y atributos que sirven de parámetros para su ubicación.

Aunque ciertamente pueden existir varios Estados que ocupan las posiciones más altas en el ámbito internacional y que éstos a su vez pueden rivalizar entre ellos, también es cierto que la mayoría de las veces se comparten ciertos intereses relacionados con la dirección de la política internacional, por lo que, con el fin de reclamar y proteger tales intereses, estos Estados conceden para sí mismos derechos superiores, así como la responsabilidad de dirigir las relaciones internacionales (Holbraad, 1984:76).

Sin embargo, no siempre hay total coincidencia entre los intereses de los Estados más poderosos. De acuerdo con Robert Gilpin cuando estos intereses entran en conflicto surgen una serie de “negociaciones” tácitas que más que eso son ejercicios de presión y de poder a los que este autor llama *arreglos sociales*, y después de estos “arreglos sociales” una vez que se sabe qué intereses serán los más favorecidos, es cuando se ve claramente reflejado el poder relativo de los actores involucrados (Gilpin, 1987:9). Así pues, el tipo de acomodo del sistema internacional es resultado directo del tipo de distribución del poder entre los miembros dominantes.

Como Robert Cox lo establece, cuando se han dado cambios en el orden internacional, esto ha sido debido a que algunos poderes se han esforzado para imponer su dominio, y cuando alguno de estos poderes llega a tener éxito en el establecimiento de su dominio, se le puede nombrar hegemón (Cox, 1999:243). Bajo este supuesto se puede decir que dependiendo de la sucesión de los procesos históricos mundiales se delinea la estructura de la jerarquía internacional y que aquel Estado que es capaz de articular tal estructura, al mismo tiempo se erige como la cabeza de la misma, posición desde la cual será capaz de dirigirlo, es decir, las reglas, prácticas, ideologías e intereses del hegemón serán seguidos en lo general, mientras aquellos de poderes “menores” se ajustarán a los primeros, todo bajo un ambiente de orden natural que al mismo tiempo provee de cierto grado de satisfacción y seguridad a estos poderes secundarios.

No obstante, cabe aclarar que no se puede hablar de un control absoluto sobre el sistema internacional, sino más bien de un control relativo y una constante búsqueda del control, ya que como dice Gilpin “ningún Estado ha tenido nunca completamente controlado el sistema internacional” dado que el grado de control cambia de acuerdo a varios aspectos propios del sistema internacional y en cada periodo histórico (Gilpin, 1987:28). Es por ello que siempre es importante considerar y evaluar el grado y efectividad de la influencia e impacto del poder de actores secundarios.

Antes de profundizar en el aspecto de la distribución del poder entre los Estados se debe precisar lo que aquí se entiende por *poder*. En este estudio el poder se aborda de la manera más clásica para su aplicación en el ámbito de las Relaciones Internacionales, como la capacidad de los Estados para imponer su voluntad a los demás y hacerles actuar de un

modo determinado (Palou, 1993:7). También se pueden incorporar implicaciones de tipo no material, pues por ejemplo, bajo el punto de vista de los estudiosos del poder los regímenes hegemónicos internacionales precisan de poder no sólo de tipo militar y económico para disuadir, sino también de la aceptación de las reglas y normas de la conducta política por parte del resto de los Estados que son menos poderosos, lo cual provee el tipo de estructuras de dominación necesaria para la continuidad del orden hegemónico dado.

Pero ¿cómo es posible llegar a medir o diferenciar aquellos elementos no materiales que también se reconocen como condicionantes del poder de un Estado, tales como la *influencia* o la *aceptación*? y ¿cómo es que estas mediciones influyen en la posición que se le concede a los Estados en el orden internacional?

En este sentido, se parte del hecho de que no todos los Estados se ajustan, reaccionan o se conducen de igual manera ante el ejercicio de poder del hegemón o gran potencia mundial, y que por tanto la influencia de éste se dará en función no sólo de la eficacia de su superioridad material, fuerza, manipulación, persuasión o autoridad, sino también en función del grado de aceptación y convencimiento de los demás Estados que integran el sistema internacional por la manera en la que se conducen.

Bajo esta lógica, los rangos que se encuentran en posiciones inferiores a la potencia hegemónica no son ocupados indistintamente por el resto de los Estados, aunque de manera general y por periodos históricos largos hayan permanecido sin cambios. Esto quiere decir que cada uno de estos Estados puede conducirse de formas diferentes

dependiendo de cómo se ajustan (Palou, 1993:8). En suma, la posición que se ocupa en la jerarquía internacional depende del comportamiento e influencia efectiva de cada Estado.

Robert Cox identifica el rol de este tipo de Estados, que también pueden y de hecho son capaces de ejercer cierta influencia sobre el orden internacional pero sin enfrentar de una manera hostil el orden hegemónico establecido, como un rol de apoyo al orden que el poder de la superpotencia ha universalizado, pero a su vez deja muy en claro que ese tipo de Estados también tienen conciencia del potencial que tienen. Siguiendo a Robert Cox:

El orden internacional debe ser visto como un proceso histórico (no una condición ideal final) en el que algunos Estados pueden servir a la comunidad de naciones por su predisposición de asistencia en el ajuste de conflictos, donde el conflicto recurrente es inherente en el proceso de la vida. Tal servicio no debe ser visto como un altruismo, sino como una advertencia de los intereses nacionales primarios de la potencia media que yace en un ambiente mundial ordenado y predecible y que encarna algunos límites a las ambiciones y los alcances de los poderes dominantes (Cox, 1999:241).

De esta manera Cox identifica como *potencias medias* a aquellos Estados que se ajustan al tipo de funcionamiento jerárquico del sistema internacional, pero que también poseen en mayor o menor medida la posibilidad de trabajar efectivamente para promover, en ciertos momentos, sus propios intereses en medio de ese orden que conocen y reconocen.

Asimismo, es posible identificar en Cox una suerte de tendencia a relacionar la actuación de las llamadas potencias medias con la idea de la institucionalización del orden internacional, es decir, para él este tipo de Estados de alguna manera se comprometen con

el desarrollo constante del proceso de la organización internacional, en el cual el producto final más importante es el establecimiento de la ley que garantice su permanencia en la posición que ostentan, ya sea que haya o no hegemonía (Cox, 1999:243). Es decir que para las llamadas potencias medias, lo importante no es precisamente cambiar el orden establecido para imponer sus propias visiones, sino más bien, como ya se mencionó, mantener sus posiciones estables y de esta manera dar continuidad al orden sin riesgo de conflicto que implique un reto para sus capacidades de rango medio.

Así, el orden mundial puede ser definido como un orden hegemónico en el que, en palabras de Gilpin, un sólo Estado poderoso controla o domina (en términos relativos) a aquellos menos poderosos a través de una distribución del poder que le es favorable ya que no afecta a sus intereses ni a su posición.

Asimismo, se han identificado dos de los principales tipos de actores que integran la estructura de este orden jerárquico, además del llamado hegemón o súper potencia: las grandes potencias y las potencias medias. De las primeras, se reconoce como principal característica la función de articulación y regulación del sistema internacional en consonancia con el hegemón y de las segundas, la función de equilibrio que cumplen para la continuidad de dicho orden; pero ¿qué pasa con aquellos “poderes menores” o “Estados pequeños” como los llama Holbraad que de manera general se pueden ubicar en los rangos más bajos de la jerarquía internacional, y que sin embargo no es tan fácil establecer la línea que los separa de las llamadas potencias medias?

De acuerdo con este mismo autor, resulta fácil ubicar al reducido número de grandes potencias que acompañan al hegemón en el orden mundial dadas sus características de poder material y no material; asimismo hoy en día se identifica claramente qué Estados podrían ser clasificados como potencias medias por excelencia. Por el contrario, el resto de los poderes secundarios o menores queda clasificado de una manera muy general y por lo tanto arbitraria (Holbraad, 1984:80), por lo que el panorama se torna un tanto más complicado cuando se trata de hallar la distinción entre estos “poderes secundarios”. Es por esta marginalidad en el estudio y clasificación de los Estados y el lugar que ocupan en el orden mundial que resulta necesario contar con un sistema que permita incluir en sus justas dimensiones, dentro de la jerarquía de poderes, a países como Nigeria que poseen determinadas características para considerarla como una nación de posición intermedia en la estructura mundial y de supremacía en su contexto regional.

En este estudio se propone ampliar el rango de consideración para los elementos que determinan el poder de Nigeria, haciendo énfasis en el análisis de la conjunción de sus características constitutivas internas, las que hasta ahora han tendido a ser abordados de manera superficial y general y no han sido referidas para el entendimiento del estatus de Nigeria como potencia media emergente.

Dado que a inicios del siglo XXI se comenzó a notar un marcado reclamo de influencia y participación, así como un creciente impacto de Nigeria en la escena internacional, es necesario estudiar y entender sus características, sus funciones específicas en su contexto regional (si las tiene) y la manera en la que este Estado se adapta al funcionamiento del sistema internacional, es decir, tratar de determinar su peso específico al interior del mismo

y más aún a nivel regional. De esta manera, el estudio de casos como el de Nigeria como potencia media emergente trata de hacer evidente hasta qué punto Nigeria puede ser identificada como tal, además de presentar los atributos específicos que le otorgan singularidad a este país y la manera en la que se inserta en la estructura internacional.

Como ya se mencionó, la categoría de análisis que servirá de base teórica para su aplicación al estudio del caso de Nigeria será la de potencia media emergente, pero antes de proceder con su descripción cabe primero presentar un breve esbozo sobre las potencias medias, con el fin de evitar posibles confusiones y trazar la línea que separa unas de otras. Además, si el objetivo primordial es evaluar la manera en que Nigeria ejerce sus capacidades efectivas en el orden mundial, se vuelve necesario, en un inicio dejar en claro la distinción entre el tipo de Estados entre los que se considera a Nigeria y aquellos que le preceden en la jerarquización del orden internacional, tarea para la cual será a su vez necesario mencionar los diferentes factores y/o indicadores que se toman en cuenta para tal evaluación y con ello finalmente será posible establecer el tipo de relación que existe alrededor del caso objeto de estudio.

Históricamente la consideración teórica de las potencias medias surgió a la par del periodo post-Westfaliano en el contexto del reacomodo de los Estados de acuerdo al poder que detentaban, es decir, de sus estatus. Posteriormente surgen otras consideraciones que identifican a Estados que se encuentran por debajo de las potencias medias a los que se les calificó, de acuerdo con Cox, como potencias pequeñas o poderes pequeños que también se insertaban a su manera en el sistema internacional que estaba surgiendo, contribuyendo

con ello a la creación de la nueva estructura en la que éste funcionaría a partir de ese momento y en adelante (Cox, 1999:244).

En este contexto, las llamadas *potencias medias emergentes* reclaman una atención especial por el hecho de que se encuentran ubicadas después de lo serían las grandes potencias y las potencias medias, sin por ello tener una posición marginal en el sistema internacional.

El término potencia media resurge con mayor fuerza después de la Segunda Guerra Mundial y se aplicó principalmente a los casos de Canadá, Australia y Nueva Zelanda inmersos en el contexto de un sistema internacional bipolar, en el cual estos países ocupaban una posición intermedia. Esta consideración se extendió hasta la Guerra Fría.

De acuerdo con Carsten Holbraad, no es sino hasta el año 1947 cuando aparece una definición más detallada sobre las potencias medias (Holbraad, 1984:83). Fue el profesor canadiense George T. Glazebrook quien identificó entre sus características principales la de actuar como contrapeso del poder excesivo de las grandes potencias, su alta tendencia a actuar en conjunto y el amplio ejercicio de su influencia individual. Esta aproximación deja claro que desde sus inicios el estudio de las potencias medias ya reconocía su tendencia hacia el multilateralismo.

En 1948 R. G. Riddell, un militar canadiense del Departamento de Asuntos Exteriores publica su propia definición de potencia media. Él distingue atributos claramente identificables y la define como “aquellos países que por razón de su tamaño, recursos

materiales, su voluntad y su habilidad para aceptar responsabilidades, su influencia y su estabilidad están cercanos a ser grandes potencias” (Cit. pos., Holbraad, 1984:69). Por supuesto que tal definición estaba completamente dirigida a describir las características propias del comportamiento de Canadá en aquella época, pero lo importante es el hecho de que por primera vez se incorpora el aspecto de la voluntad como un elemento determinante para la consideración de una potencia media, así como la distinción entre los recursos materiales y los no materiales.

Por otra parte, Holbraad se aventura a enunciar dos características más del comportamiento de las potencias medias. Según este autor, países como Canadá se destacaron en aquel periodo histórico por su apoyo a la organización internacional, en este caso Naciones Unidas, por el hecho de que reconocían que sus atributos de tamaño, poder y fuerza no eran suficientes para preservar su propia seguridad, así que la mejor manera de lograrlo era a través del apoyo a tal organización que es capaz de garantizar su protección ante los grandes poderes. La segunda característica que se atribuye a las potencias medias gira en torno a su desempeño diplomático como mediadoras en el conflicto Este-Oeste y con funciones de mantenedor de la paz internacional bajo el auspicio de Naciones Unidas.

Para el año de 1960, miembros del Instituto de Investigación de la Sociedad Alemana para Política Exterior realizaron un estudio sobre las potencias medias y decidieron clasificar a las potencias mundiales de acuerdo a la *influencia* que ejercen. Según ellos una potencia media es un “Estado que juega un rol en su región”. Como complemento de lo anterior, L. J. Cantori y S. L. Spiegel distinguieron siete categorías de Estados de acuerdo a su rango de influencia cercana. Para ellos las potencias medias incluyen a aquellos Estados cuyo

nivel de poder les permite jugar un papel determinante solamente a su alrededor y no más allá (Cit. pos., Holbraad, 1984:73). Lo trascendente de este tipo de definiciones es que realizan el análisis de las potencias medias en la jerarquía internacional y se basan en la idea del reconocimiento de otros países, en este caso, los que se encuentran geográficamente cerca de las potencias medias consideradas (Gratius, 2007:4).

En este sentido se debe destacar el hecho de que el rol que le es reconocido a cada potencia media no es meramente una cuestión de reconocimiento político, sino que involucra al mismo tiempo cuestiones que tienen que ver con la manera en la que estos Estados pugnan por la consecución de sus intereses al interior de su región, es decir, el poder relativo que poseen y la manera en que lo ejercen.

Directamente relacionada con lo anterior está la cuestión del tipo de comportamiento que – se supone– las potencias medias deben tener. De acuerdo con Denis Stairs, el comportamiento de cada potencia media puede variar, pero al mismo tiempo existen ciertos comportamientos que resultan repetitivos y constantes (Stairs, 1998:276). En este sentido, algunas preguntas pertinentes serían: ¿qué roles desempeñan las potencias medias? y ¿bajo qué condiciones y qué capacidades se requieren para que se fomente este tipo de comportamientos?

1.2 Características de las Potencias Medias y las Potencias Medias Emergentes

Siguiendo con lo expuesto por Stairs y con una marcada tendencia a idealizar el comportamiento de las potencias medias como enteramente pacíficas y desinteresadas, la

carga normativa que él identifica en la gran mayoría de las potencias medias se conduce bajo la promoción del “bien público”, es decir, que este tipo de Estados se preocupan por el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional, y a su vez, estos objetivos se persiguen a través del uso y promoción de la cooperación.

Entonces si sus principales objetivos son el mantenimiento de la paz y seguridad, por lo tanto el tipo de comportamientos que deben ser desplegados por las potencias interesadas deben ser de estabilización y liderazgo, sobre todo para separar adversarios y mediar disputas (Stairs; 1998:276). Consecuentemente, en términos prácticos, el tipo de diplomacia desplegada por las potencias medias se enfoca en la consecución de soluciones multilaterales (Cooper, 1993:19). Entre algunas de las funciones específicas que se atribuyen a las potencias medias tradicionales se encuentran: mediación, mantenedor de la paz, constructor de comunidades y moderador (Stairs, 1998:277) y a su vez estas funciones se desarrollan con la expresión de comportamientos de catalizador (impulsando iniciativas), de facilitador (estableciendo agendas y mecanismos para su cumplimiento) y de dirección (creando instituciones).

Finalmente se debe tener en cuenta que este supuesto internacionalismo de las potencias medias de hecho responde a varios factores y a la complejidad de las preocupaciones específicas de cada una de ellas, por lo que las acciones que emprenden no siempre son iguales y éstas siempre se emprenden con objetivos e intereses claramente definidos que poco tienen que ver con un verdadero sentido de cooperación o pacifismo. No obstante, Stairs identifica cinco atributos comunes en el comportamiento de las potencias medias: 1) poseen un poder que se fundamenta en la conservación del estatus quo, nunca revisionista;

2) se mantienen fuera de los conflictos volátiles de su propia región; 3) en general su política exterior se caracteriza por no haber tenido un pasado controversial; 4) un ingreso per cápita alto y, 5) una política exterior consistente con el pluralismo internacional, es decir, una aplicación pragmática no dogmática teniendo en cuenta que a veces es necesario adoptar una política internacional de acomodamiento de su interés nacional y el pluralismo internacional. A esto último es a lo que Andrew F. Cooper –con una visión más realista- llama “política de nicho”, con la cual se reconoce que las acciones que se emprenden van de acuerdo a la priorización de los intereses de cada Estado, así como a las ventajas comparativas que se estiman (Cooper, 1997:6).

Hay algunos Estados que comparten ciertas capacidades y roles, a pesar de ello en el mundo real, en el sistema internacional, aún resulta un tanto difuso marcar líneas que dividan tajantemente a cada grupo de Estados. Sin embargo, a continuación se busca rastrear algunos puntos que ayuden a encontrar las distinciones entre las potencias medias y aquellas que interesan a los fines de este estudio, las llamadas potencias medias emergente. Estas a su vez también son capaces de ejercer cierta influencia para la configuración del orden mundial, por lo cual pueden llegar a ser incluidas en una clase separada -aunque muy amplia- en el estudio de las Relaciones Internacionales y, sobre todo en la época actual en la cual se está presenciando el surgimiento de un mundo más anárquico, en el que cada vez se pone más en duda la autoridad del hegemon (Estados Unidos de América), en el cual si bien aún se sigue identificando su estatus de potencia hegemónica, al mismo tiempo se hace cada vez más evidente la creciente influencia de otros actores precisamente “emergentes” por encontrarse en el proceso hacia el despliegue

de una influencia verdaderamente decisiva para la configuración de las relaciones de poder en sus contextos locales y en el sistema mundial. En palabras de S. Neil MacFarlane:

La noción de emergente sugiere un Estado que está creciendo dinámicamente y que experimenta una transformación; un Estado cuyo poder naciente hace que él mismo cuestione su lugar establecido en el sistema y que pugne más ambiciosamente en el ámbito de la política internacional (MacFarlane, 2006:43).

Uno de los primeros factores a considerar cuando se habla de potencias medias emergentes estriba no tanto en sus capacidades en términos cuantitativos sino en su voluntad y efectividad en términos cualitativos. Este aspecto está íntimamente relacionado con el grado y tipo de liderazgo que estos Estados ejercen. Lo anterior nos lleva a identificar algunas de las más importantes diferencias entre las llamadas potencias medias tradicionales y las potencias medias emergentes. La primera diferencia se hace evidente en la intensidad de los “estilos” de la diplomacia que cada una de las potencias aplica, es decir, en lo que de acuerdo con Cooper se sitúa en un extremo que es el estilo combativo y en el otro extremo el estilo de acomodamiento (Cooper, 1997:17).

De esta manera, y como ya se mencionó, las potencias medias tradicionales presentan una diplomacia intensa pero de estilo de acomodamiento, es decir, cuya intención no es retar el estatus quo, mientras que por su parte el estilo de la diplomacia de las potencias medias emergentes es más combativo puesto que esta clase de Estados realizan una participación intensa pero encaminada –en la mayoría de los casos- a modificar las estructuras del orden de la zona en el que están inmersas.

Otra diferencia entre las potencias medias tradicionales y las potencias medias emergentes radica en el hecho de que las potencias medias enfocan su actividad diplomática hacia el multilateralismo esencialmente (involucrándose muy rara vez en asuntos regionales), mientras que las potencias medias emergentes presentan esencialmente una orientación hacia asuntos de orden regional. Para Cooper esta orientación regional de la diplomacia se explica casi siempre por la complejidad de los contextos en los que las potencias medias emergentes están localizadas (Cooper, 1997:18). Estos contextos se vuelven campos de “intrusión” por excelencia dado el grado de atención que requieren, lo que es el ambiente de acción más visible del liderazgo de la llamada potencia media emergente.

No obstante, lo anterior no significa que las potencias medias emergentes no puedan llevar a cabo acciones diplomáticas multilaterales y de cooperación dependiendo de sus intereses específicos y como muestra de su relevancia en las negociaciones internacionales, así como de su creatividad en el proceso de construcción o consolidación de sus Estados.

En este punto se considera pertinente ahondar un poco más en el tema del regionalismo como una característica fundamental de las potencias medias emergentes. En su estudio sobre seguridad regional Derrick Frazier y Robert Stewart-Ingersoll proveen algunas claves para entender la manera en la que opera este regionalismo. Estos dos autores analizan las Complejidades de la Seguridad Regional bajo la premisa de la importancia del desarrollo y mantenimiento de la seguridad.

Para ellos, la discusión de la dinámica regional en Relaciones Internacionales necesariamente implica hablar de una estructura que incluya el nivel y distribución de las

capacidades materiales necesarias para tener efectos reales en la consecución de la seguridad, y por lo tanto, estos autores definen a las potencias regionales (que en este caso serán también identificadas como potencias medias emergentes) como poseedoras de al menos tres diferentes capacidades: liderazgo, capacidad de custodia y protección (Frazier & Stewart-ingersoll, 2010:732).

El término “regional” no debe ser reducido únicamente a la cercanía geográfica, también se debe tener en consideración el tipo de interrelaciones entre las unidades que integran una región sobre todo en materia de seguridad y de resolución de conflictos (Buzan & Waever, 2003:44). Asimismo, se debe añadir que las actuales dinámicas de interrelación entre Estados son más tendientes a limitar las influencias de nivel global, por lo que se ha permitido que desarrollen dinámicas regionales específicas en cuanto a seguridad. Entonces, por ser la seguridad un interés vital de todo Estado, es lógico que aquellos que se sientan capaces de vigilar la preservación al interior de su región, lo harán bajo sus propios términos y persiguiendo intereses particulares.

Si se recuerda que una de las características de las potencias medias tradicionales es la de su tendencia hacia el multilateralismo y pacifismo, sin excluir la posibilidad de que este tipo de actores apliquen una política pragmática que priorice sus propios intereses, entonces en este punto se distingue un punto de convergencia con las potencias medias emergentes. De acuerdo con Frazier y Stewart-ingersoll, también los poderes regionales son susceptibles de tener esta flexibilidad pragmática en la conducción de su política exterior, es decir, que dependiendo del contexto e intereses en juego, éstos pueden moverse o acomodarse entre las dinámicas de cooperación o de conflicto para, por ejemplo, repeler

agresiones, lo cual a su vez va de acuerdo con la mencionada característica de las potencias medias emergentes sobre su carácter retador o revisionista del orden establecido.

Por otra parte, es necesario tener presente que cada Estado posee diferente grado de poder relativo y que por ello actúan de maneras divergentes y obtienen resultados desiguales. Es por esta razón que –aunque hay muchos otros factores que se deben poner en la balanza- en términos generales las capacidades materiales de cada Estado son esenciales para la comprensión de las dinámicas regionales. Así pues, desde un enfoque utilitario, la identidad, polaridad y comportamiento de los poderes regionales están determinados por la distribución de las capacidades materiales. Pero, ¿cuáles son estas capacidades que hacen que las potencias medias emergentes, o en este caso poderes regionales, sean capaces de conseguir la supremacía de sus intereses y de su seguridad en la zona en la que se localizan?

Desde el punto de vista de Frazier y Stewart-Ingersoll, la provisión efectiva de liderazgo, capacidad de custodia y protección de las potencias medias emergentes requieren ciertas capacidades materiales que esencialmente incluyen la fuerza militar y económica (Frazier & Stewart-Ingersoll, 2010:738). La primera de ellas se explica por el hecho de que el despliegue del poder militar de una nación es una de las principales fuentes de su influencia. Asimismo, el tamaño de la economía de cada Estado puede estar relacionado con el tamaño de su fuerza militar. Esta capacidad, aunque basada en indicadores muy convencionales, permite a los Estados ser reconocidos y tratados de manera diferenciada respecto al resto de los integrantes de la zona.

Pese a lo anterior, la posesión de tal tipo de capacidad no es suficiente para determinar que un Estado se comportará como una potencia media emergente, ya que este tipo de capacidades que “se pueden medir” de manera relativamente fácil no toman en cuenta la naturaleza compleja de los juegos de poder y las influencias que se ejercen entre los miembros de una región.

De acuerdo con W.J. Lahneman, cada Estado identifica su posición en el sistema basado en la expresión y evaluación de su poder y de su percepción de sí mismo. De esta manera, los roles determinan la diferencia entre los líderes y los seguidores, los dependientes y los dirigentes, es decir, que el comportamiento de los Estados está basado en relaciones de poder y diferencias de poder relativo entre ellos (Lahneman, 2003:95). Esto necesariamente implica procesos históricos de interacción en los que se verifica la manera en la que otros Estados han respondido y responden a las acciones de otros con mayor poder o prestigio.

Sin embargo, la eficacia o el fracaso de las potencias regionales no se determinan únicamente por su poder. La falla en la representación de sus roles puede conducir a la inestabilidad y/o a la transformación del orden regional (Frazier & Stewart-Ingersoll, 2010:741), lo que evidencia la importancia fundamental del papel que juegan este tipo de Estados.

Una pregunta que necesariamente surge es cómo es que los poderes regionales se vuelven líderes. Desde el punto de Lahneman esto se explica con otros dos tipos de capacidades, la primera de ellas es el *reconocimiento del liderazgo* de la potencia por parte del resto de los

Estados, es decir, la legitimización de su posición y la segunda es la capacidad material en conjunto con la *voluntad* para usarla y de esta manera influenciar al resto de los Estados.

En este punto cabe recalcar una distinción más entre las potencias medias y las potencias medias emergentes. Como ya se ha visto, las potencias medias emergentes presentan una voluntad por tener el liderazgo en sus respectivas regiones. Esta voluntad a su vez puede ser calificada como “consciente” puesto que es debido a ella que se conducen como constructores del orden en su zona de influencia regional. Por el contrario en el caso de las potencias medias tradicionales, éstas nunca se identifican a sí mismas como líderes unilaterales (aunque sean quienes tomen iniciativas), ya que su comportamiento tiende más al multilateralismo y no al protagonismo.

En resumen el comportamiento hacia el exterior de una potencia media emergente puede ser muy amplio y variado, a pesar de que haya aspectos más o menos definidos de las mismas. Así, éstas se identifican mayoritariamente con tendencias revisionistas más que con tendencias conservadoras del orden establecido; plantean iniciativas más de tipo unilateral que multilateral, pero siempre dependiendo del contexto e intereses, y finalmente, las potencias medias emergentes son de carácter más reactivo que proactivo ya que su liderazgo responde a estímulos o motivaciones dadas.

Hasta aquí han sido analizadas las potencias medias emergentes principalmente en el plano de lo que proyectan hacia el exterior, por tratarse principalmente de una cuestión de reconocimiento y comparación con otros actores en la escena internacional. Ahora es el turno de analizar de manera general cuáles son algunas de las condiciones de tipo interno

bajo las cuales se puede identificar una potencia media emergente, así como algunas de sus distinciones con las potencias medias tradicionales.

De acuerdo con Eduard Jordaan, a diferencia de las potencias medias que se caracterizan por ser igualitarias, políticamente estables, socialmente democráticas y poco influyentes regionalmente, las potencias medias emergentes poseen características constitutivas tales como su estatus semi-periférico, son materialmente no igualitarias y en general son Estados recientemente democratizados que tienden mucho a la influencia regional y a la auto-asociación (Jordaan, 2003:165).

En este sentido, la primera cuestión que salta a la vista por su importancia en el caso de Nigeria es la democracia. Si bien las potencias medias emergentes ya han alcanzado en términos formales la denominación de Estados democráticos principalmente por el hecho de que han logrado edificar instituciones de este tipo, esto no quiere decir que tal democracia esté consolidada, es decir, que aún es posible advertir en ellos prácticas antidemocráticas, principalmente basadas en profundas disputas sociales casi siempre de tipo étnico. Aunado a ello está la marcada tendencia hacia la violación de derechos humanos y las elecciones plagadas de irregularidades.

En cuanto al aspecto de la desigualdad, las potencias medias emergentes se caracterizan por una notoria distribución injusta de la riqueza. Esta situación contribuye a que la gran mayoría de sus ciudadanos no sean capaces de integrarse a las dinámicas de la economía mundial. En contraste, son las elites las que se integran y se benefician de estas dinámicas. Es a causa de los beneficios que estas elites reciben, que son ellas mismas quienes se

encargan de proveer de legitimidad interna a los gobiernos de las potencias medias emergentes (Jordaan, 2003:174).

La desigualdad entre los ciudadanos también es expresada en el ámbito político, ya que si bien de manera formal y procesal la igualdad de éstos es reconocida a nivel parlamentario, en la práctica se siguen advirtiendo las divisiones basadas en la distinción de clases y de filiación étnica.

Por otra parte, mientras las economías de las potencias medias se localizan en el núcleo de la economía mundial, las economías de las potencias medias emergentes son semi-periféricas, es decir, que solamente se ajustan a los requerimientos mínimos de los flujos de intercambio económico cuyo orden y funcionamiento es delimitado por poderes superiores.

Finalmente, hay que dejar en claro que efectivamente existen otro tipo de factores materiales constitutivos de tipo interno que también resultan importantes cuando se hace el balance sobre las potencias medias emergentes tales como el tipo y cantidad de población, el producto interno bruto, el ingreso per cápita, el tipo y extensión del territorio y los recursos con los que cuenta, entre otros, pero lo cierto es que ahondar más en cada uno de ellos resultaría redundante pues se presupone que para que un Estado sea considerado como un candidato para ser llamado potencia en cualquier nivel, forzosamente tiene que contar con un mínimo de condiciones materiales sobresalientes, como son las mencionadas antes. El problema estriba en el momento en el que se tienen que analizar factores más

subjetivos y contextuales como lo serían por ejemplo los temas de democracia, igualdad y participación.

Después de haber presentado este recuento sobre las consideraciones teóricas más recurrentes sobre las potencias medias emergentes y las potencias medias tradicionales, ahora es posible proceder a presentar el concepto que en adelante se usará para designar a las potencias medias emergentes.

Se entenderá como potencia media emergente a aquel Estado que no puede ser considerado como un poder de rango medio, ni tampoco como un poder inferior dentro de la jerarquía internacional y que entre sus características fundamentales de comportamiento se identifica una voluntad de liderazgo regional, con tendencias revisionistas del orden mundial establecido y que promueve iniciativas unilaterales y reactivas ante estímulos dados. En el plano interno, estos Estados cuentan con condiciones constitutivas específicas materiales y no materiales tanto positivas como negativas, que contribuyen a promover e incentivar este tipo de comportamiento internacional, así como a limitarlo. En suma, estas características lo diferencian de otros Estados débiles de su región.

Si el objetivo fundamental de este trabajo es analizar el caso de Nigeria como una potencia media emergente y dado que las características de este tipo de Estados pueden ser identificadas en términos generales, ahora es necesario contrastar y examinar el caso de este país partiendo de sus especificidades históricas, materiales y coyunturales, así como de las bases de su comportamiento y atributos coincidentes con lo que se ha denominado aquí como potencia media emergente.

De acuerdo con Cooper, en general Nigeria, junto con varios otros países, se encuentra entre la lista de países ubicados en la una posición media en la jerarquía internacional (Cooper, 1993:21). Sin embargo, esta clasificación presenta como mayor problema el hecho de que depende demasiado de criterios cuantificables para su conformación y por lo tanto no puede ser concluyente para una caracterización objetiva de este Estado en la jerarquía internacional, ya que como se ha visto anteriormente, existe toda una amplia serie de factores y circunstancias que se deben considerar además de las materiales. Es por esta razón que en el siguiente capítulo se procede a la caracterización del objeto de estudio en el periodo que va de 1999 a 2009, para posteriormente hacer una evaluación de si en efecto este país se ajusta al comportamiento “típico” de las potencias medias emergentes y cuáles son sus salvedades si es que las tiene.

Capítulo II. Perfil Interno de Nigeria: Características constitutivas materiales y no materiales

2.1 Situación Interna de Nigeria: Condiciones Materiales

Como se mencionó en el capítulo anterior, toda potencia –sin importar su tipo- ya sea media tradicional o media emergente, requiere contar con ciertos atributos materiales o medibles que hagan posible su consideración como potencia en primer lugar. A continuación se presenta un panorama general de los atributos materiales de Nigeria durante el periodo que comprende del año 1999 al 2009.

2.1.1 Condiciones territoriales

2.1.1.1 Extensión

La República Federal de Nigeria es uno de los países más extensos del oeste africano. Tiene una superficie de 923,768.64 kilómetros cuadrados. Es un Estado compacto debido a su forma bien definida y a que no tiene desconexiones territoriales, es decir, no existen graves alteraciones en el contorno de sus fronteras tales como exclaves, enclaves o periclaves¹.

¹ La desconexión territorial *exclave* es cuando la tierra de un Estado A se encuentra encerrada dentro del territorio de un Estado B, un *enclave* es el mismo territorio pero visto desde el Estado que lo contiene. Un *periclave* es una parte de territorio no despegada del territorio nacional, pero a la cual no se puede llegar sin atravesar un territorio extranjero.

2.1.1.2 Morfología y Litorales

Este país está dividido en cuatro zonas geográficas. A lo largo de la costa se extiende una franja de bosques de mangle y zonas pantanosas. Más al interior se encuentra una zona de bosque tropical. Posteriormente comienza una zona más abierta y plana, con algunas formaciones de colinas. Más allá, se encuentra una amplia y escarpada zona boscosa, que se eleva gradualmente hasta una meseta rocosa de bajo nivel con cerros de granito y arenisca. Tras la meseta aparece la región de la sabana, que llega hasta una zona semidesértica que se interna en el desierto del Sahara al extremo norte del país.

La extensión del mar territorial nigeriano es de 12 millas náuticas. Cuenta con una Zona Económica Exclusiva de 200 millas náuticas, así como una plataforma continental con una profundidad de 200 m para explotación. Al interior de Nigeria hay una gran concentración de agua: lago Kainji. Hay varios ríos importantes tales como el Ogun y el Cross, el río más importante es el río Níger, ya que además de ser el tercero en extensión de toda África, constituye una fuente vital de recursos para todo el país.

2.1.1.3 Fronteras

Nigeria cuenta con una longitud total de fronteras de 4,047 kilómetros, de los cuales 773 km se comparten al noroeste con Benin; 1,690 km al oeste con Camerún; 87 km con Chad al noreste y los 1,497 km restantes se comparten con Níger. Además Nigeria tiene una línea de costa hacia el Golfo de Guinea de 853 km (Anderson, 2003:608).

2.1.1.4 Recursos Naturales

Nigeria es un país rico en recursos naturales. Es uno de los productores de madera tropical más importantes del mundo; asimismo, posee una importante cantidad de recursos minerales entre los que destacan petróleo, piedra caliza, estaño, caolín, columbita, oro, plata, carbón (es el único país de África occidental que lo produce), plomo, zinc, yeso, arcilla, pizarra, mármol, grafito, mineral de hierro, entre otros.

La propiedad y control de todos los minerales de la república recaen en el gobierno federal. En Nigeria, la actividad minera puede ser desempeñada por personas individuales, sociedades y compañías públicas o privadas que se encuentren inscritas en el país (CIA, 2006).

La principal industria de Nigeria es la explotación del petróleo crudo. Nigeria produce el 60 por ciento de la riqueza petrolera del Golfo de Guinea y es el sexto productor a nivel mundial. Posee extensas reservas de petróleo y gas natural, con un aproximado de 32 billones de barriles y cerca de 176 trillones de pies cúbicos de gas natural. Su producción de barriles de petróleo por día es de 2.5 millones, de los cuales la mayoría son exportados a Estados Unidos, Europa y Asia (Lloyd, 2004:215).

La mayor parte del petróleo de Nigeria proviene de los campos tierra adentro ubicados en el delta del río Níger al sureste del país. De acuerdo al Decreto de Uso de la Tierra de 1978 la Compañía Nacional de Petróleo de Nigeria (NNPC por sus siglas en inglés), es la accionista mayoritaria en los convenios de producción de las compañías extranjeras y que a su vez

está controlada por el gobierno federal. El 95% de la producción de petróleo y gas nigeriano es extraído por estas compañías multinacionales, ya que el permiso les es otorgado a través de los contratos para explotación que celebran con la NNPC.

La NNPC opera a través de cinco empresas colectivas en asociación con las seis empresas de energía más grandes del mundo: Exxon-Mobil, Chevron, Royal Dutch Shell, BP, Total S. A. y ConocoPhillips. De todas ellas Shell es la empresa con la que más contratos se celebran y a la que más concesiones se otorga. Desde finales de la década de los 50's, cuando comenzó la explotación del petróleo en Nigeria, su economía pasó de ser fundamentalmente agrícola y de pastoreo a industrial. En 1971, Nigeria entró a la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), lo que significaría que sus niveles de producción se ajustan a las cuotas y topes que impone tal organización. (Lubeck, Watts & Lipschutz, 2007:8).

2.1.1.5 Medio Ambiente

Nigeria sufre una gran cantidad de afectaciones a su medio ambiente, entre las principales se encuentra la degradación del suelo causada por la erosión y la tala indiscriminada de árboles, la contaminación del suelo en las zonas urbanas y sobre todo en las zonas de explotación petrolera, además de la contaminación del agua y el aire.

En la zona del delta del río Níger, las diversas comunidades que tradicionalmente vivían de la pesca y la agricultura, han tenido que dejar estas actividades debido a la contaminación de los brazos del delta y de sus campos, la cual es causada por las compañías petroleras con

la extracción casi incontrolada de crudo, la combustión de gas y los derramamientos de aceite. Uno de los mayores peligros proviene de las fugas de gas que ocurren cuando éste es liberado en el proceso de perforación para la extracción de petróleo. Nigeria es responsable del 20 por ciento del total mundial de fugas de gas. Se estima además que este gas desperdiciado cuesta 2,500 millones de dólares al año y convierte a Nigeria en el mayor contribuyente de gases de efecto invernadero de toda África subsahariana (Lubeck, Watts & Lipschutz 2007:5).

Paradójicamente, a pesar de contar con una importante cantidad de reservas de gas, el 70 por ciento de la población depende de la madera para satisfacer sus necesidades domésticas de energía ya que el precio del gas es inaccesible para ellos (Toye, 2005). La parte sur del país es una de las zonas más afectadas por la sobreexplotación de las selvas para obtener la madera, así como por el uso excesivo de las tierras para labrantío.

Por otra parte, la zona del Sahel en la región norte del país se encuentra constantemente amenazada por la sequía, como un efecto de la desertización ocasionada por la expansión del desierto del Sahara hacia el sur y del cambio climático. A su vez, este fenómeno ha ocasionado que las poblaciones que habitan esas regiones y que conservan formas tradicionales de vida como la práctica del pastoralismo y la transhumancia estacional (principalmente el grupo étnico fulani), se vean forzados a emigrar cada vez más al sur (Blench, 1994:201).

2.1.2 Condiciones Poblacionales

Para 2007 Nigeria contaba con una población de 135, 031, 164 habitantes, lo que lo convierte en el país más poblado del continente africano ya que alberga aproximadamente con un quinto de la población del mismo. Su densidad de población es de 146 habitantes por kilómetro cuadrado. Su índice de población urbana en ese mismo año era de 39 por ciento, la mayoría se concentra en la ciudad de Lagos, en la capital Abuja y en las ciudades de Ibadán y Kano. El 54.7% de la población está entre los 15 y los 64 años de edad, es decir, son económicamente activos. El promedio de hijos por mujer es de 5.45, una de las tasas más elevadas de África; la tasa de crecimiento poblacional es alta con un 2.3 por ciento el índice de natalidad es de 40.2 nacimientos/1000 y el de mortalidad es de 16.68 por ciento muertes/1000 (CIA, 2007). De cada mil nacimientos, el 95.52 por ciento de ellos nacen vivos. La esperanza de vida de los nigerianos en promedio es de 43.8 años (*World Bank Atlas*, 2005)

La esperanza de vida es tan reducida debido principalmente a la ineficiencia de los servicios de salud y a prevalencia del SIDA. Entre 1990 y 2000, del 5.1 al 5.4 por ciento de la población estaban infectadas con VIH (Panchaud, Woog, Singh, Darroch y Bankole, 2002:11). Por otro lado, en Nigeria el grado de riesgo de contraer alguna enfermedad infecciosa es muy alto, entre las enfermedades más comunes de este tipo se encuentra la diarrea bacteriana y protozoaria, hepatitis A, fiebre tifoidea y malaria. Asimismo, también existe un alto grado de defunciones causadas por la enfermedad del sueño ocasionadas por la picadura de la mosca tse tse.

Aunque Nigeria es un país rico en recursos naturales, al mismo tiempo es uno de los países más pobres y menos desarrollados del mundo. En 2008, su Índice de Desarrollo Humano (IDH), de acuerdo con el ranking del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) se encontraba en el lugar 159 de los 177 que se consideraron. El 70.8 por ciento de la población vive con menos de un dólar al día. Aunque el Ingreso Per cápita de los nigerianos es relativamente alto (1,120 USD), éste expresa una riqueza que nada tiene que ver con la realidad (UNDP, 2006). Más del 60 por ciento de la población vive por debajo de la línea de la pobreza, ya que en el país se registra un índice de desempleo de 5.8 por ciento (CIA, 2007).

Nigeria es un conglomerado de cientos de grupos étnicos y lingüísticos, cada uno de los cuales cuenta con sus propias características culturales. Existen aproximadamente 470 grupos étnicos, entre los que destacan por su cantidad los grupos hausa-fulani, yoruba e igbo (ibo) con un 29; 21 y 18 por ciento respectivamente. Otros grupos importantes son los ijaw (10 por ciento), kanuri (4 por ciento), ibibo (3.5 por ciento) y tiv (2.5 por ciento). El 12 por ciento restante se divide entre grupos étnicos minoritarios como el nupe, edo, ogoni, entre otros. Esta población multi-étnica nigeriana es una sociedad profundamente dividida (Osaghae, 1999:86). Este hecho está directamente relacionado con la falta de igualdad y equidad entre los grupos étnicos mayoritarios y los minoritarios. Dentro de este corolario, si bien, la mayor parte de la población habla el idioma inglés, además se hablan otras lenguas como el árabe, hausa, yoruba, igbo, fulani, y otras doscientas lenguas más.

A su vez, en Nigeria se profesa mayoritariamente la religión musulmana con un 50 por ciento; un 40 por ciento de la población profesa religiones cristianas, mientras que el 10 por ciento preserva creencias y prácticas tradicionales.

2.1.3 Condiciones Económicas

A partir de los años sesenta, la economía nigeriana se convirtió en una economía industrial gracias al descubrimiento de petróleo. Desde entonces, entre el 65 y el 95 por ciento de las exportaciones nigerianas son de petróleo y sus derivados. Sin embargo, esta riqueza petrolera no ha significado un progreso sostenido de la economía del país, ya que éste se ha visto dificultado por la inestabilidad política, la corrupción, la falta de infraestructura, las malas direcciones macroeconómicas y la inestabilidad social.

Dada la dependencia de un solo producto y que el manejo de éste se encuentra en manos de empresas extranjeras, existen graves desigualdades sociales para la distribución de los dividendos obtenidos por su comercialización. Sin embargo, gracias a la exportación de crudo la balanza de pagos de Nigeria es positiva.

En cuanto al resto de la actividad productiva, sólo son dignos de mención la exportación del cacao, al que se le destina el 50 por ciento del suelo cultivable. La agricultura y la ganadería ocupan al 70 por ciento de la población, pero con ellas a penas se puede abastecer la demanda interna (CIA, 2007).

A partir de los años ochenta comenzó un intento de diversificación económica –aunque la mayoría ha sido en torno a los productos derivados del petróleo-. Gran parte de los beneficios de la explotación petrolífera se han invertido en la industria petroquímica, en refinerías, fabricación de automóviles, una mínima parte en la industria pesada y en la mejora de puertos y aeropuertos.

Entre los principales receptores de las exportaciones nigerianas se encuentran Estados Unidos (48.9 por ciento); España (8 por ciento); Brasil (7.3 por ciento) y Francia (4.2 por ciento). Nigeria recibe un total de 57.46 millones de dólares al año por concepto de exportaciones, de las cuales aproximadamente el 95% provienen del petróleo. El país gasta en promedio 26.21 millones de dólares al año en importaciones. Entre los principales productos que importa se encuentra la maquinaria, productos químicos, equipo de transporte, productos manufacturados, alimento y animales vivos (CIA, 2007).

El Producto Interno Bruto de Nigeria es de 83.36 mil millones de dólares, el 17.3 por ciento proviene de la agricultura; el 28.4 por ciento lo aportan los servicios y el 54.3 por ciento se obtiene de la industria. De acuerdo con datos del Banco Mundial, el Índice de Crecimiento de Nigeria es de 3.4 por ciento, lo que coloca al país en los lugares más bajos a nivel mundial (*World Bank Atlas*, 2005).

La deuda externa nigeriana para 2007 era de 6,575 mil millones de dólares y la deuda pública era del 15.7 por ciento del PIB; su índice de inflación era de 8.2 por ciento en los precios de consumo, lo que evidencia que las finanzas internas no son nada alentadoras.

2.1.4 Poderío Militar

Como todo Estado, Nigeria ejerce su derecho de contar con fuerzas armadas para su legítima defensa en caso de ataque externo, así como para su seguridad interna. Las fuerzas armadas de Nigeria están integradas por el Ejército, la Marina de Guerra y la Fuerza Aérea.

Para el año 2006, el gasto militar de Nigeria fue del 1.5 por ciento de su PIB, lo cual es relativamente bajo si se compara con el gasto de países más desarrollados. El potencial militar nigeriano no es de gran capacidad debido a que sus fuerzas de despliegue y acción no cuentan ni con la tecnología, ni con el tipo de adiestramiento necesario para asegurar el cumplimiento de misiones dentro o fuera del país. Sin embargo este hecho no ha impedido que Nigeria haya tenido una participación prominente en misiones de mantenimiento de la paz fuera de sus fronteras en coalición con otros Estados africanos o que haya participado como miembro prominente en misiones del mismo tipo en organizaciones como la ECOWAS (Comunidad Económica de Estados de África Occidental).

Asimismo, este país es uno de los principales impulsores de iniciativas de apoyo militar al interior de la Unión Africana, de la cual también es un miembro prominente.

2.2 Situación Interna de Nigeria: Condiciones No Materiales

2.2.1 Antecedentes Históricos de Nigeria

El Estado que actualmente se conoce como República Federal de Nigeria –al igual que la mayoría de los Estados africanos- surgió como resultado de una serie de intrincados y complejos procesos históricos y opera siguiendo una serie de características y realidades propias de la sociedad que lo integra.

Los vestigios demográficos más tempranos hallados en Nigeria de los que se tiene registro datan del año 39,0000 a.C. y se encontraron en la villa de Nok, en el Estado de Plateau al noreste de este país. Gracias a la evidencia lingüística disponible, ha sido posible concluir que un gran número de los grupos étnicos de Nigeria evolucionaron alrededor del año 500 d.C. Con el uso de fuentes documentales, se supo que muchos de estos grupos étnicos ocuparon sus ubicaciones actuales desde antes del año 1500 d.C. (Oduwobi & Iwuagwu, 1997:4).

Para el año 1600 d.C. ya era posible reconocer varios tipos de sociedades, las cuales se diferenciaban entre sí por sus niveles de desarrollo tecnológico, número de habitantes y estructuras militares y de gobierno. En la zona que se conoce como la región Yoruba/Aja, (en lo que hoy es la parte occidental de Nigeria si se divide por la mitad al país) se desarrollaron tres Estados dominantes: Benin, Oyo y Dahomey, cada uno de los cuales dio origen a sus propias dinastías.

El reino de Benín floreció hacia finales del siglo XVII hasta su caída a finales del XVIII. Este reino llegó a ser considerado como un núcleo de poder, ya que logró expandir su zona de influencia al oeste y norte de Yorubaland y gracias a ello consiguió hacerse con una gran cantidad de Estados tributarios, así como de fronteras muy extensas. Sin embargo, debido que sus gobernantes concedían demasiada autonomía a los tributarios, poco a poco sus fronteras se fueron replegando hasta que finalmente llegó a su declive (Rodney, 1976:228).

El caso de Oyo es excepcional pues se convirtió en el reino que adquirió mayor extensión territorial, esto en gran parte debido a sus conquistas militares.

Por su parte el reino de Dahomey se basaba en el crecimiento poblacional y la expansión. Este reino recibía a los migrantes de otros territorios y les concedía la ciudadanía², poseía un buen ejército y fomentaba el desarrollo del comercio, lo que a su vez produjo la expansión de su economía.

En los años 1670's llegan las primeras incursiones de europeos en la llamada "Costa de Esclavos" en la zona occidental de África, y es en este periodo cuando se comienza a gestar un cambio definitivo en la configuración y forma de vida de esta región de Nigeria, con el advenimiento del comercio de esclavos domésticos, principalmente en las ciudades costeras. Así, el incremento significativo de la práctica de la esclavitud trajo consigo efectos decisivos y muchas veces devastadores para las poblaciones³(Rodney, 1976:245).

² Se debe tener en cuenta que el término de ciudadanía es un concepto moderno y que aquí se usa únicamente para denotar la cualidad o el derecho de habitar en un Estado.

³ J. D. Fage hace una distinción en cuanto a las visiones con las que se tiende a abordar la cuestión de la esclavitud en África. En primer lugar está la postura de que las sociedades de África Occidental desde antes de la llegada de los europeos, ya practicaban la esclavitud y otras formas de trabajo servil y que una vez que los comerciantes occidentales arribaron, la mayoría de los gobiernos locales (en todos los niveles) aceptaron voluntariamente comerciar con los europeos. La segunda aproximación es aquella que defiende W. Rodney en

Entre los efectos más dañinos de la esclavitud se encuentra el bloqueo de las iniciativas de diversificación económica y desarrollo de las poblaciones de la zona sur de Nigeria y en general de toda la parte costera de Sudán Occidental. El caso de Benín es ilustrativo de esta situación, ya que su dependencia de tal actividad económica llegó al grado de que incluso tomaba acciones militares para asegurar el mantenimiento de la trata.

Por lo que concierne a la parte más al este de Nigeria, entre los siglos XVII y XIX, era posible identificar una unidad cultural definida entre las poblaciones ubicadas desde el delta del Río Níger hasta Camerún. La actividad económica por excelencia era la pesca, actividad al rededor de la cual fue posible constituir entidades políticas o villas pesqueras.

Entre estas sociedades se encontraba a los ijo, ibibo y efik. La forma de organización política predominante era poco desarrollada, ya que estaba basada en el clan y la familia extendida. Sin embargo el caso de los ibo fue excepcional, tanto que llegó a constituirse como el mayor del este de Nigeria. Su éxito en gran parte se debió a la continuidad de sus instituciones religiosas y jurídicas, a su economía basada en la adecuada producción agrícola y el trabajo del hierro, así como a su expansión cultural en pequeñas corrientes y en todas direcciones. La expansión ibo fue uno de los rasgos distintivos de los procesos del siglo XVII debido al intercambio cultural y social que significó (Rodney, 1976:256).

Al igual que en la región occidental, el inicio del comercio de esclavos con los europeos significó una nueva fuente de presiones económicas a las que los Estados de la región este

la cual se asegura que no existía ninguna condición al interior de estas sociedades que correspondiera a la clase de esclavitud que se comenzó a desarrollar con la llegada de los europeos (Fage, 1980: 289).

respondieron con una reorientación total de sus políticas y economías (Northrup, 1979:1). De acuerdo con Klein, el nuevo impulso que significaba la demanda de esclavos para los Estados de África Occidental se explica en parte con la llamada *Teoría del Estado Depredatorio* bajo la cual se dice que la producción de esclavos y su posterior comercialización se veían como actividades cruciales para la reproducción del Estado, y por lo tanto éste realizaba todas aquellas actividades necesarias para mantenerla (Klein, 2001:49). Es por esta razón que la mayoría de las veces los europeos tenían éxito persuadiendo a los gobiernos africanos para que actuaran como agentes comercializadores, situación que a su vez contribuyó al fortalecimiento y maduración de las Ciudades Estado.

Si bien las maneras de hacerse de esclavos eran variadas y algunas veces atroces, aquella que lograba acceder al mayor número de cautivos era la guerra. De acuerdo con Robin Law, la guerra llegó a convertirse en una industria institucionalizada que servía fundamentalmente para la procuración de esclavos al interior de una gran parte de los Estados de África Occidental (Law, 1976:114).

En este sentido y dado el hecho de que la guerra era vista casi como una actividad económica, los Estados de aquellas épocas se esforzaban al máximo para desarrollar sus estrategias bélicas. De esta manera, la introducción de las armas de fuego por los europeos también tuvo efectos decisivos en la Costa de Esclavos. De acuerdo con W. A. Richards, existe una alta correlación entre el aumento de la demanda de esclavos y el aumento de la demanda de armas de fuego por parte de los gobernantes africanos (Richards, 1980:49).

Esta correlación se basaba en la continuidad de un círculo de dependencia entre las armas de fuego y los esclavos⁴.

En resumen, y como lo menciona W. Rodney, tanto los pueblos de la parte occidental, como del este de Nigeria tenían grandes posibilidades de desarrollo dadas sus condiciones materiales, políticas y sociales, sin embargo, la llegada de los europeos mermó estas posibilidades insertando el “prototipo” de la que después sería la dependencia de importaciones y exportaciones del periodo colonial, es decir, el inicio del estancamiento del desarrollo de las sociedades originarias de la región sureste de África Occidental.

Por lo que concierne a la parte norte de Nigeria en esa época se puede decir que durante el siglo XIX, el proceso histórico de mayor relevancia que se observaba en la región de África Occidental fue el proceso de reforma impulsado por los grupos musulmanes provenientes del norte del continente. Desde aquellos años, se comenzó a trazar la configuración del tipo de estructuras políticas, religiosas, económicas, culturales y sociales de la actual zona norte de Nigeria.

El Islam arribó al Sudán Occidental en el siglo VIII a través de las rutas comerciales trans-saharianas. Los primeros que lo introdujeron fueron los comerciantes árabes provenientes del norte de África, así como los bereberes sanhaja o almorávides a sus socios mande y hausas quienes a su vez, convirtieron a otros al interior de sus comunidades y círculos de comercio (Miles, 2007: 5). A través de esta expansión gradual de la religión islámica hubo

⁴ La adquisición de armas era en gran medida financiada por las ganancias provenientes del comercio de esclavos y a su vez la captura de esclavos se facilitaba gracias al uso de armas de fuego por lo que este proceso se repetía constantemente (Law, 1976:122)

imperios muy significantes a lo largo de África Occidental y del Sudán Central. En esta última región destaca el reino de Kanem-Borno (siglo XVI) situado cerca del lago Chad, el cual jugaba un papel importante como contrapeso de los siete Estados hausa fragmentados ubicados más hacia el oeste.

En el siglo XIX entre 1804 y 1808, el Islam llega a lo que ahora es el norte de Nigeria proveniente del reino de Kanem-Borno como resultado de una *Jihad* emprendida por Uthman dan Fodio (o Uthman bin Fudi), un académico fulani que acusaba a los gobernantes de los siete Estados hausas de sincretistas y politeístas. Después de poco más de cuatro años de guerra, dan Fodio junto con su hermano Abdullahi y su hijo Mohamed Bello, reunieron los siete Estados hausas en un solo imperio gobernado por emires fulani bajo el nombre de califato en el cual se puso en práctica un sistema sociopolítico, legal y económico y cuya nueva capital era la ciudad de Sokoto de donde tomó su nombre (Sanusi, 2007:179).

Durante los cien años de esplendor del califato de Sokoto se produjo una especie de sociedad compacta bastante bien organizada y fuerte. Estaba integrado por más de tres docenas de emiratos, en cada uno de los cuales se aplicaba la *sharia* y operaban bajo un sistema centralizado, que a su vez se regía por la escuela de jurisprudencia Malekita. Algunos de los líderes que habían acompañado a Fodio en sus campañas comenzaron a formar elites interregionales de emires y se extendieron en una amplia zona (Sanusi, 2007:180).

Durante los años de esplendor del Califato de Sokoto, la producción a larga escala comenzó a generar cambios en el tipo de organización de la agricultura. Aparecen las plantaciones (*ribats*), entre cuyas características distintivas se encontraba la prevalencia del trabajo de esclavos domésticos (Lovejoy & Richardson, 2001:344). Todo esto contribuyó al nacimiento de una sociedad sumamente estratificada.

Poco menos de un siglo después del surgimiento del Califato de Sokoto, en el año de 1880 llegaron los intereses británicos al territorio nigeriano y establecieron la Compañía Real de Nigeria. Éstos tenían como objetivo ejercer el control tanto al norte, como al sur de los ríos Benue y Níger. Entre los años 1862 y 1900 comenzó la colonización sistemática del territorio con la adquisición de la región de Lagos, el posterior establecimiento de la colonia del mismo nombre y los Protectorados de Nigeria del Norte y del Sur (Afigbo, 1991:16).

Entre las ambiciones de dominio británico no se encontraba incentivar ni la unidad, ni la uniformidad administrativa de su colonia. En su estudio sobre la historia del federalismo en Nigeria, Adiele E. Afigbo sostiene que si bien los tres bloques territoriales que integraban a Nigeria se encontraban bajo el dominio de un solo poder, al mismo tiempo, a cada uno de ellos le fue permitido evolucionar con diferentes tradiciones de administración (Afigbo, 1991:17).

El caso de la organización de la Región Norte de Nigeria durante la época colonial es muy ilustrativo, ya que es el prototipo de lo que sería la forma distintiva de administración colonial británica: *Indirect Rule* o Gobierno Indirecto (Watts, 1987:60). Se trataba de una

administración barata para Gran Bretaña y concedía mayor autonomía a la colonia, por lo que los recursos tanto para su propia manutención, como para el envío a la metrópoli se producían en la misma colonia. Asimismo, bajo este tipo de administración se incorporaba a jefes locales o “nativos” para que fuesen éstas las que se encargasen de la dirección de sus propias jefaturas con la prerrogativa de gobernar siguiendo sus patrones tradicionales, siempre que se sujetasen a la rendición de cuentas al gobierno colonial.

Se considera a Lord F. D. Lugard como el artífice ideológico del *Indirect Rule*. Con el uso de autoridades locales, poco a poco se fue acrecentando la desigualdad entre la población, dado el surgimiento de nuevas élites políticas y clases sociales que emergieron bajo el auspicio del gobierno indirecto.

En contraste con lo que acontecía con la Región Norte de Nigeria, en la Región del Sur las cosas se conducían de manera diferente (aunque en lo general ésta también se regía bajo el tipo de administración indirecta). Por ejemplo, una vez que este territorio fue declarado parte de la Corona británica se le dotó de un consejo legislativo y del tipo de sistema judicial inglés. Por lo que tocaba a la educación y a la religión, éstas se dejaron enteramente en manos de las misiones cristianas quienes tenían completa libertad de operación, al punto que también llegaron a tomar parte activa en el comercio en la región (Afigbo, 1991:18). En comparación con el tipo de gobierno indirecto en el norte, en el que se permitía continuar con las formas de organización y educación islámicas, en el sur, aunque igualmente se alentó a la formación de elites administrativas, la gran diferencia estribaba en que éstas habían tenido la oportunidad de haber sido educadas a la usanza y con la lengua occidental.

Una vez que la colonia británica quedó establecida en el territorio de Nigeria, la práctica de dos grandes religiones comenzó a proliferar: el Islam en la región norte y el Cristianismo en el sur (aunque también –en menor medida- persistieron las creencias y la práctica de religiones tradicionales, así como las prácticas sincréticas). A la postre, la proliferación de estas dos religiones hizo que cada una de ellas se volviera parte fundamental de la identidad de las poblaciones que las practicaban, por lo que cada una se desarrolló con su propia visión del mundo.

De esta manera, el territorio colonial de Nigeria había emergido con diferentes tradiciones administrativas, sociales y religiosas. Esta falta de homogeneidad se profundizó tanto que cada una de estas unidades llegó a percibirse a sí misma como un sistema independiente. Autores como Víctor S. Alumona señalan que esta diferenciación regional ocasionó miedos de los habitantes de la región norte por una dominación del sur y viceversa, los cuales se manifestaron una vez alcanzada la independencia.

De igual trascendencia para la época colonial en Nigeria es el hecho de que bajo el dominio británico comenzó el fomento de la dependencia económica de las materias primas, principalmente el aceite de palma y caucho en la región sur. Sin embargo, los beneficios económicos que esta explotación traía consigo no representaban cambio alguno en la forma de vida de las poblaciones de cuyos territorios se obtenían, sino que estos beneficios servían básicamente para el enriquecimiento de la metrópoli.

En el norte de Nigeria, se siguió una política económica que tuvo como consecuencia principal la inhibición del desarrollo de las fuerzas de producción, especialmente la

agricultura. A través de la aplicación de estrategias económicas conservadoras, el gobierno colonial promovía únicamente la producción de mercancías basada en el trabajo de pequeños propietarios domésticos (Watts, 1987:61); de esta manera, este sistema hizo que la agricultura de plantaciones fuera bloqueada. Asimismo, si bien se dio la construcción de caminos y vías férreas en diversas zonas, éstas solamente eran llevadas a aquellos lugares con importante potencial productivo, mientras que el resto del territorio era prácticamente olvidado (Rodney, 1982:250).

Bajo la política de impuestos a la agricultura, las autoridades coloniales apoyaron solamente las plantaciones de ciertos cultivos como café, algodón, cocoa y aceite de palma, esto con el afán de tener una fuente rápida de financiamiento del Estado y no la promoción del desarrollo económico (Van de Walle, 2009:317).

En el año de 1914 y bajo estas circunstancias, nace la entidad política conocida como Nigeria bajo el auspicio de la Corona británica. Por razones de conveniencia administrativa, inicialmente el país fue dividido en cuatro unidades: la Colonia de Lagos y las provincias del Norte, del Este y del Oeste. Tras demandas de participación por parte de activistas políticos, en 1922 le es concedida a Nigeria la primera Oficina Electiva y comienzan a surgir una serie de efímeras constituciones. La primera de estas constituciones (1945) continuó con la tradición del tipo de administración regional que se había dado desde inicios de la colonia y establecía legislaturas provinciales pero con una participación limitada de personas locales en el gobierno (Aborisode & Mundt, 1998:10).

De esta manera, en 1954 las diferencias de opinión concernientes al desarrollo político del país resultaron en la creación de un sistema federal que permitía a cada integrante de la federación tener un autogobierno. Este quedó integrado por tres regiones: Norte, Este y Occidental, cada una de las cuales se encontraba gobernada por un grupo étnico predominante. Los hausa-fulani en la Región Norte, los yoruba en el Oeste y los ibo en el Este. Para 1957, tanto la Región Este como la región Oeste, alcanzaron la prerrogativa de autogobierno, haciendo lo mismo la Región Norte en 1959.

Finalmente, el 1 de octubre de 1960 Nigeria alcanzó su independencia en el marco de la *Commonwealth*, pero no como resultado de un proceso de lucha social ni de maduración política, sino como un logro que se había obtenido gracias a las demandas de autogobierno de algunos grupos de nigerianos iniciadas desde la década de los 20's. En este contexto, Gran Bretaña, al darse cuenta de que el seguir manteniendo a Nigeria como una colonia ya no le resultaba rentable, le otorgó su independencia política.

En aquel momento las preguntas eran ¿quién debía gobernar a la Nigeria independiente? y ¿cómo debía ser gobernada? El primer ministro federal, el norteño Abubakar Tafawa Balewa, dirigió un gobierno de coalición que representaba a los principales partidos de las Regiones Norte y Este.

Así comenzó una intensa competencia por el poder entre los tres principales partidos regionales, lo que ocasionó que el gobierno democrático instaurado después de la independencia colapsara seis años después como resultado de un golpe de Estado orquestado por el general Aguiyi Ironsi, un ibo procedente de la Región Sur. A partir de

este momento Nigeria comenzaría con una serie de gobiernos inestables y transitorios enmarcados desde sus inicios por golpes militares y regímenes autoritarios hasta su regreso al gobierno civil en 1999.

Ironsi impuso un gobierno militar y abolió el sistema federal de 1954, pero su mandato no duraría. Seis meses después fue asesinado por oficiales norteños en un contra-golpe, dando paso al gobierno del general Yakubu Gowon quien restableció la federación (Dinneya & Tsegaye, 2004:352).

El retorno a un gobierno dirigido por norteños, así como la percepción de marginalización de la Región Este por parte del gobierno federal, estuvieron entre las razones principales que desataron la guerra civil en 1967. El 30 de mayo de ese mismo año, como resultado de una serie de disturbios y ataques a población ibo en el norte del país, el gobierno de la Región Este, encabezado por el teniente coronel Emeka Odumegwu-Ojukwu declaró la independencia de la región y el nacimiento de la República de Biafra.

El gobierno federal calificó esta acción como rebelión y decidió anularla. La guerra civil duró casi tres años y terminó con la victoria del gobierno federal el 15 de enero de 1970 y con la declaración del fin de la existencia de la República de Biafra y la rendición ante el general Gowon. Esta guerra tuvo un alto costo para el país. Se estima que entre uno y tres millones de ibos murieron de enfermedades y de hambre debido al bloqueo que sufrió la región durante la lucha. Las ciudades quedaron en ruinas, escuelas y clínicas fueron cerradas y se contaron poco más de tres millones de refugiados (Lloyd, 2004:216).

La guerra civil de Nigeria fue una muestra de cómo las divisiones geográficas, étnicas, lingüísticas, culturales y religiosas, además de las constantes luchas por acceder al poder gubernamental y por lo tanto a los recursos monetarios provenientes de la explotación de la riqueza petrolera -que había duplicado sus ganancias con respecto al año en que Nigeria adquirió su independencia-, han sido fuertes y constantes amenazas a la integridad del Estado. Bajo esta tendencia, los mandatos de las tres décadas posteriores a la guerra de secesión en Nigeria se caracterizaron por ser rondas de transición entre gobiernos democráticos y autocráticos (Sandbakken, 2006:142), en donde la tendencia favoreció a los regímenes militares instaurados a través de golpes de Estado (Tabla 1).

Tabla 1. GOBIERNOS DE NIGERIA 1960-1999

PERIODO	CABEZA DE ESTADO	TIPO DE RÉGIMEN	FORMA DE TERMINACIÓN
1960-1966	Tafawa Balewa	Democrático (1ra. República)	Golpe de Estado
1966	Aguiyi Ironsi	Autocrático	Contra-golpe de Estado
1966-1975	Yakubu Gowon	Autocrático	Golpe de Estado
1975-1979	Olusegun Obasanjo	Autocrático	Elecciones
1979-1983	Shehu Shagari	Democrático (2da. República)	Golpe de Estado
1984-1985	Mohammed Buhari	Autocrático	Contra-golpe de Estado
1985-1993	Ibrahim Babadinda	Autocrático	Elecciones de 1992 canceladas, aceptó dimitir en 1993
1993 (enero-noviembre)	Earnest Shonekan	De Transición (3ra. República)	Golpe de Estado
1993-1998	Sani Abacha	Autocrático	Se reportó como muerte natural
1998-1999	Abdulsalami Abubakar	De Transición	Elecciones
1999	Olusegun Obasanjo	En parte democrático	Reelecto en 2003

* Fuente: Sandbakken, 2006:142

El periodo inmediato a la guerra civil coincidió con la era del auge petrolero en Nigeria. Su producción creció considerablemente y más aún las ganancias obtenidas de la misma como resultado de la elevación de los precios internacionales del hidrocarburo. Para el año de 1973 el tesoro de Nigeria estaba inundado de petrodólares al tal grado que incluso el gobernador del Banco Central de Nigeria declaraba que el problema de Nigeria no era el dinero, sino cómo gastarlo. Dada esta aparente abundancia de efectivo en las arcas nigerianas, no resultó sorprendente que surgiera una dramática escalada en la incidencia de corrupción y del enriquecimiento ilícito (Osoba, 1996:376).

Esta situación, aunada a la total ausencia de disciplina fiscal y de responsabilidad financiera hicieron que los nueve años de mandato de Gowon se caracterizaran por lo que S.O. Osoba llama la aplicación de un sistema *cleptocrático* de gobierno basado en el fraude proveniente de los contratos que celebraba el gobierno, en el otorgamiento de licencias y en la más simple forma de corrupción que era la transferencia de fondos del Estado a las cuentas privadas de los miembros principales de la clase gobernante (Osoba, 1996:377). Era tal el beneficio de estas prácticas que ni Gowon, ni sus aliados políticos cumplieron su promesa de permitir elecciones y dar paso a un gobierno civil en 1974.

El efecto inmediato de esta negativa y de la rampante corrupción en todos los niveles fue un nuevo golpe de Estado llevado a cabo por Murtala Mohammed el 29 de julio de 1975. Durante el gobierno de Mohammed se crearon siete Estados más y se planteó un programa de transición de la autoridad civil para 1979. Sin embargo, Mohammed fue asesinado en un fallido intento de golpe de Estado el 13 de febrero de 1976.

Su sucesor, el general Olusegun Obasanjo presidió un gobierno de transición a cuatro años y durante su mandato intentó dirigir una guerra contra la corrupción que fue más ruidosa que efectiva. El periodo de Obasanjo en el mandato culminó con la promulgación de una nueva constitución y en la entrega del poder a un gobierno civil elegido democráticamente encabezado por Shehu Shagari.

Sin embargo, las condiciones en las que inició la Segunda República seguían favoreciendo el ambiente de corrupción y por lo tanto las elites políticas continuaban posicionando sus intereses propios de enriquecimiento en la parte central de sus agendas.

Por otra parte, dadas las restrictivas normas constitucionales para el registro de nuevos partidos políticos nacionales y que nadie podía aspirar a obtener cargos de elección pública si no se encontraba registrado en algún partido político, se volvía prácticamente imposible que algún candidato fuera electo para cargos gubernamentales sin haber tenido que gastar importantes cantidades de dinero antes. Por esta razón, una vez que alguien se hacía del poder, inmediatamente intentaba recuperar el dinero invertido, ya que en general los cargos en el gobierno estaban pensados para periodos de cuatro años. En otras palabras, la mayoría de los miembros de la elite política nigeriana no estaba motivada más que por consideraciones monetarias.

Esta situación en general, aunada al decaimiento del mercado petrolero a inicios de la década de 1980, afectaron de sobremanera la economía de Nigeria y significaron una grave presión al gobierno en turno. Finalmente el gobierno de Shagari fue depuesto por un golpe militar el 31 de diciembre de 1983, dirigido por el general Mohammed Buhari y por

Ibrahim Babadinga con el objetivo de proteger la hegemonía de la región Norte. Asimismo, Buhari comenzó una campaña anticorrupción que no pudo cristalizarse debido a que en agosto de 1985, su general de división Ibrahim Babadinga lanzó un contra-golpe de Estado en su contra.

Este nuevo gobierno se inició con la creación de dos nuevos Estados en la federación: Akwa-Ibom y Katsina. Asimismo, el régimen de Babadinga estuvo plagado de contrastes. Por un lado se puede decir que durante sus nueve años de duración se comprometió con la elaboración de un programa de transición como nunca se había pretendido, por ejemplo condujo series de elecciones a todos los niveles de gobierno. Asimismo, inició programas tendientes al empoderamiento político y sociopolítico de las mujeres (Dinneya & Tsegaye, 2004:352).

Por otra parte, Babadinga pretendió obtener la simpatía de la población comprometiéndose con la promoción de los derechos humanos y estableció paneles judiciales para la revisión de casos de detenidos que habían sido opositores de gobiernos anteriores. Sin embargo, toda esta supuesta promoción de derechos y libertad, no era más que una cortina de humo para poder tener libre el camino mientras se diseñaba y establecía una particular clase de autocracia militar basada en la perpetuación de las prácticas corruptas y de la supresión sistemática de los llamados “radicales” opositores a su régimen, todo ello bajo una tela de impunidad (Osoba, 1996:382).

Debido a la presión tanto de la comunidad internacional como de la interna, en 1993 Babadinga aceptó dimitir y pasar el poder a un gobierno interino encabezado por Earnest

Shonekan. Luego de un nuevo golpe, el general Sani Abacha se erigió como nuevo presidente de Nigeria y se nombró a sí mismo como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas el 17 de noviembre de 1993.

Abacha desmanteló todas las instituciones democráticas que habían sido creadas por Babadinga, prohibió toda actividad política, encarceló a muchos de sus oponentes y prometió un nuevo programa de transición. Sin embargo, pronto se hizo evidente que Abacha no tenía intenciones de dejar el poder, por lo que el grupo de pro-activistas democráticos (PDA por sus siglas en inglés) comenzó a manifestar su inconformidad ante el gobierno militar. Ante tal descontento en 1995 Abacha replanteó su programa de transición y prometió el regreso al gobierno civil para 1999 (Dinneya & Tsegaye, 2004:353).

En junio de 1995 se convocó a una Conferencia Nacional Constituyente de la que resultó un nuevo borrador de la Constitución y se inscribieron varios partidos políticos más para poder llegar a la elección de la Asamblea Nacional que se celebraría en 1998. En octubre de 1996 seis Estados más fueron agregados a los treinta ya existentes y se crearon 183 zonas de gobierno locales.

En diciembre de 1997 se celebraron elecciones legislativas y regionales que dieron el triunfo al Partido Único del Congreso, que era respaldado por el presidente Abacha. A inicios de 1998 se comenzó con la organización de las elecciones presidenciales y se hizo aún más clara la intención de Abacha cuando éste forzó a todos los partidos políticos a que lo registraran como candidato. Sin embargo, en junio de 1998 Abacha murió de causas

naturales y se dio paso al gobierno de transición de Abdusalami Abubakar quien prometió que respetaría el programa de democratización.

Al asumir el poder Abubakar liberó a Basorun Abiola – a quien se había encarcelado durante el gobierno de Abacha por haber sido su principal opositor-, asimismo, Abubakar tomó medidas urgentes para aliviar las tensiones creadas durante el gobierno de Abacha, tales como la atención a los derechos humanos con la liberación de varios presos políticos, estableció la Comisión Nacional Electoral independiente (INEC) para el registro libre de partidos y para la organización de las elecciones del siguiente año.

En términos generales, los regímenes sucesivos a la guerra civil centralizaron las finanzas, establecieron métodos de distribución rápida de las crecientes ganancias provenientes de la explotación petrolera entre los Estados nigerianos, se enfrascaron en la subdivisión del territorio en más Estados (hasta llegar a 36), además de una serie de modificaciones a la constitución y la relativa apertura a la creación de nuevos partidos políticos, pero todo ello bajo la sombra de la limitación de las actividades políticas y el uso de la represión en contra, tanto de la sociedad civil, como de figuras de la vida política.

2.2.2 De 1999 a 2009

Así, para el periodo histórico que del que se ocupa este estudio, Nigeria aparece como un país con numerosos contrastes y problemáticas tanto sociales, como económicas y políticas. En el año 1999, después de un largo periodo de gobiernos militares autoritarios y de algunos intentos de democratización fallidos, el ex militar Olusegun Obasanjo se convirtió

en el primer presidente electo democráticamente en Nigeria en 16 años y dio paso a un gobierno civil.

Sin embargo, las elecciones de 1999 si bien posibilitaron la cuarta República de Nigeria, esto no significó la restauración de una verdadera democracia o el apaciguamiento de los múltiples conflictos y demandas de una sociedad como la nigeriana:

Obasanjo heredó una economía confusa, amplios resentimientos políticos y económicos entre las minorías de las regiones productoras de petróleo, el autoritarismo y el desalentador prospecto de construir una democracia cargando las añejas animosidades étnicas, regionales y religiosas (Lubeck; Watts & Lipschutz, 2007:10)

La fragilidad de la nueva democracia a la que llegó Nigeria en 1999 estuvo cimentada en la onerosa carga que representó la precedente era de gobiernos militares y por lo tanto la transición de mayo de 1999 no fue más que un inicio superficial de largo proceso que implica el cambio de la autocracia a la democracia.

Por otra parte, los gobiernos militares aceleraron vertiginosamente el declive de Nigeria de un país de medianos ingresos a una nación empobrecida.

Una de las principales problemáticas a las que el gobierno de Obasanjo tuvo que hacer frente fue la casi total inoperancia e ineficacia del sistema federal. En su estudio realizado a finales de los ochentas, Ladipo Adamolekun y S. Bamidele Ayo, sostienen que una de las características fundamentales del gobierno nacional ha sido la relativa debilidad de la

federación nigeriana *vis-à-vis* con los gobiernos regionales, debilidad que sigue vigente en el periodo estudiado. Esta situación ha sido la causa de que los gobiernos federales se mantengan en constantes disputas con los líderes regionales (Adamolekun & Bamidele Ayo, 1989:158). Por lo tanto, esta ausencia de un liderazgo central dinámico complica el funcionamiento del Estado mismo, además de que incentiva el surgimiento del descontento acompañado de fuertes movimientos de oposición.

Asimismo, desde su establecimiento como federación, Nigeria se ha enfrentado a problemáticas que tienen que ver con la asignación de poderes regionales, las relaciones fiscales intergubernamentales, la gestión pública personal y la administración de los gobiernos locales (Adamolekun & Bamidele Ayo, 1989:167), que se articulan bajo los mismos ejes rectores que son el interés tanto personal como de grupos y el miedo a la dominación de una región sobre otra.

Dada la “naturaleza personalizada” de la política en Nigeria, en la que el panorama político en todos los niveles (local, estatal y federal) ha sido dominado por los llamados *godfathers* (padrinos) a través de la creación y mantenimiento de redes de patronazgo, desempeñar cargos en el gobierno es una actividad nada desdeñable por los beneficios económicos que ello implica, y al mismo tiempo hace que existan constantes contiendas por acceder a ellos (Sklar, Onwudiwe & Kew, 2006:101,105).

Muchos de estos tipos de líderes (o también llamados *Big Men*) comienzan sus carreras políticas en estructuras de poder étnicas tradicionales, por lo que con el paso del tiempo su

riqueza económica e influencia les hace posible formar parte de una élite que posteriormente dirigirá la vida política del país.

Por otra parte, en el caso de Nigeria el miedo a la dominación de una región sobre otra ha sido una percepción histórica continua en las poblaciones que habitan cada región. De acuerdo con Minabere Ibelema, virtualmente cada una de las nacionalidades que se extienden por el país reclama ser “marginalizada”. Ya que la marginalización implica la subordinación de los intereses de grupos periféricos a los de los grupos dominantes en la formulación y ejecución de las políticas nacionales, las etnias nigerianas minoritarias históricamente (principalmente los jóvenes) han manifestado este miedo y descontento en diversas formas, sobre todo en cuanto a lo que se refiere a la repartición de recursos en la federación (Ibelema, 2000:212).

La combinación de las prácticas neopatrimoniales y del miedo a la dominación ha contribuido a profundizar la desigualdad entre las diferentes regiones que integran la federación. Al mismo tiempo, la fermentación socio-política aparejada con la crisis por el interés económico, degeneró por generaciones en una continua lucha por el liderazgo entre diferentes actores, en elecciones amañadas o anuladas y en el debilitamiento de las instituciones políticas.

Todo ello ha sido sostenido gracias a la continua movilización (o manipulación) de las diversas identidades basadas en supuestos ímpetus “etno-nacionalistas”, en donde el uso de la religión como uno de sus principales factores aglutinantes juega un papel determinante en la conformación de coaliciones y en la profundización de divisiones. Sin embargo, son

solamente los intereses propios de las ya mencionadas elites dominantes, los que se articulan y se aseguran con estas movilizaciones para con ello asegurar la obtención del fin deseado que es la institucionalización de las relaciones de poder en diversas formas de “estatalidad” (Hagman & Péclard, 2010:545).

Desde que Nigeria alcanzó su independencia y hasta el momento que abarca este estudio, ha sido relativamente fácil movilizar a los diferentes grupos étnicos por medio de la exacerbación de diferencias culturales, políticas o religiosas. En primer lugar esto se debe al hecho de que las élites políticas que logran tener acceso a las ventajas que implica pertenecer, ya sea al grupo étnico dominante o al círculo de allegados de quienes poseen el poder, necesitan asegurar el mantenimiento de las redes de apoyo que les permitan conservar la lealtad de aquellos quienes los pusieron en el poder, es por ello que les resulta constantemente necesario profundizar las divisiones de todo tipo, y posteriormente, de esta manera crear coaliciones (que incluso pueden llegar a ser multiétnicas) que estarán dirigidas por los *Big Men* y que serán perdurables (Sklar, Onwudiwe & Kew, 2006:105).

No obstante, el mayor componente –y por lo tanto el mayor estímulo de las movilizaciones de la población- que como se vio anteriormente en la historia de Nigeria, incluso ha hecho emerger sentimientos separatistas o acciones violentas, es sin duda la desigualdad en la repartición de la riqueza, principalmente de los ingresos provenientes del petróleo. La gran brecha que se ha creado entre las elites gobernantes y la población en general ha hecho de la pobreza y de la frustración, dos catalizadores del descontento. Es por esta razón que para los grupos que se perciben a sí mismos como víctimas de la marginalización y de la miseria, resulte más “esperanzador” tomar parte en movimientos de protesta o en acciones

violentas, que esperar a que llegue su turno en el poder o a que su situación mejore con los cambios en las políticas de gobierno.

Bajo este contexto, entre 1999 y 2002, el presidente Obasanjo se propuso reducir las tensiones étnicas a través de la aplicación de políticas orientadas a hacer crecer la economía y a lograr que todos los grupos se sintieran incluidos en el gobierno y en la repartición de la riqueza, sin embargo tuvo poco éxito.

Una de las razones que explican esta falla es el hecho de que la elección de Obasanjo, -un sureño cristiano yoruba- fue en sí misma una “concesión” hecha por las elites hausa-fulani del norte ante las presiones por un cambio de la región sur. Una vez que Obasanjo llegó al poder en 1999, las elites norteñas que lo habían apoyado esperaron obtener su retribución, lo que significó una fuente de presión que dificultó sus planes iniciales de fomentar la inclusión y la equidad más que el patronazgo (Ibelema, 2000:213).

Asimismo, el tipo de funcionamiento del sistema federal nigeriano alienta la permanencia de la “inseguridad étnica” y por lo tanto el cálculo de ¿quién se encuentra arriba? y ¿quién se encuentra abajo? es de vital importancia en términos de poder relativo dentro de la federación, esto sobre todo si se tiene en cuenta que los 36 Estados y los 774 gobiernos locales son en gran medida dependientes de la partida que el gobierno federal les otorga para financiar sus funciones (Sklar, Onwudiwe & Kew, 2006:102).

Resultaría ilógico pensar que una pequeña región del país es la que mayor porción de ingresos aporta a la federación y que a su vez sea una de las más pobres y menos

desarrolladas del mismo, sin embargo esta es la situación en la que se encuentra la región del delta del Níger y en este punto sirve como un caso ilustrativo de la falta de equidad en la repartición los ingresos y de los efectos que ha tenido en Nigeria.

El conflicto del delta del Níger surgió en los 50's y hasta el periodo estudiado sigue siendo uno de los más complejos focos de disfunción para la federación. De acuerdo con Uwafiokun Idemudia, el conflicto se define como un proceso que se relaciona con el gran índice de marginalización y privación de la población local de la región, como resultado de la aplicación de una política económica dañina y poco tendiente al desarrollo, las constantes luchas por el poder político y el oportunismo económico, además del alto nivel de degradación ambiental de la zona y las implicaciones que ello tiene para las formas de vida y subsistencia de los grupos étnicos locales (Idemudia, 2009:307).

Este fue uno de los mayores problemas sin resolver que heredó la administración de Obasanjo. Las constantes demandas de una minoría marginalizada que se ve a sí misma excluida de la participación completa en el orden civil de Nigeria, han hecho que se ponga en duda la validez de la repartición de recursos de la federación basándose en el criterio poblacional. Por otra parte, las sucesivas fallas de los gobiernos para dar solución a este conflicto han resultado en años de frustración, la cual se ha visto expresada en la radicalización de los movimientos de las minorías étnicas de la región, tales como los ijaw y los ogoni, hasta llegar a acciones violentas como el sabotaje de instalaciones petroleras, el pillaje o el robo del petróleo para el financiamiento de las milicias locales del Delta.

Para el año 2006, un reporte de desarrollo de la UNDP publicaba una condena masiva al fracaso del Estado nigeriano y concluía: “los grandes ingresos han difícilmente tocado la penetrante pobreza propia del Delta del Níger” (UNDP, 2006:14). A pesar de que entre los años 2000 y 2005 Nigeria ganó más de 400 mil millones de dólares en ingresos provenientes del petróleo, entre 50 y 100 mil millones de este dinero “desaparecieron” a través de fraudes masivos y de prácticas corruptas (Lubeck; Watts & Lipschutz, 2007:9).

En un Estado petrolero como lo es Nigeria, las prácticas clientelares y la falta de transparencia en el manejo de los recursos y en la rendición de cuentas son muy comunes. De acuerdo con Jordan Smith Daniel, la corrupción en Nigeria se ha vuelto parte de la vida diaria y no solamente en los niveles de gobierno sino en variados aspectos de la vida común (Smith, 2007: 55). Asimismo, la corrupción es un problema de liderazgo –no del carácter de los nigerianos- que se reproduce por el simple hecho de que a través de ella se puede acceder al poder. La forma más reproducida de corrupción en Nigeria son los llamados “contratos”, mecanismos a través de los cuales es posible acceder a trabajos específicos que son vías directas al poder, por ejemplo, entre los más apreciados se encuentra, la facultad de celebrar acuerdos comerciales para la construcción de refinerías o la administración de los recursos para la construcción de caminos u oficinas de gobierno (Smith, 2007: 63). En suma, estos contratos son solo muestras del funcionamiento de la estructura completa de corrupción que domina el panorama político y económico de Nigeria.

Esta situación se explica en parte por el hecho de que al ser la industria petrolera una actividad tan remunerable, esto libera al Estado de la necesidad de depender de la recaudación de impuestos, ya que si ésta existiera, induciría a los contribuyentes a exigir a

las autoridades gubernamentales una mayor transparencia, estándares de actuación y representación política significativa. Asimismo, al no haber ningún tipo de agencia institucional comprometida con la transparencia o la disciplina fiscal, las oportunidades de apropiarse de las rentas se multiplican, y más aún cuando un presidente como Obasanjo asume el control directo y personal del ministerio del petróleo (Lubeck; Watts & Lipschutz, 2007:8).

No obstante, no todos los aspectos del gobierno de Olosegun Obasanjo fueron negativos, ya que al inicio del mismo el panorama político nigeriano tomó un nuevo impulso como resultado de las altas expectativas que surgieron entre los nigerianos después del retorno a un gobierno civil.

Sin embargo, seguía estando presente el problema de cómo armonizar lo que sería una verdadera democracia y el Estado nigeriano –en el que la articulación “institucionalizada” de intereses tanto individuales como de grupo, y que funciona bajo el amparo de la aplicación de políticas de inclusión y exclusión-. A este respecto, en primer lugar se deben considerar las condiciones en las que se encuentra la nación-Estado nigeriana, pero antes de proceder con ello, es pertinente mencionar la manera en la que se entiende la nación-Estado en este estudio.

La *nación-Estado* es la expresión concreta del principio de nacionalismo, el cual es la convergencia de la nación y el Estado, ya sea que el Estado haya creado a la nación o viceversa, y en donde la nación puede definirse a sí misma por su religión, cultura, historia o voluntad colectiva. Debido a circunstancias históricas, raramente convergen la nación y el Estado moderno, y de hecho, la

nación, en el contexto de *nación-Estado*, es realmente el grupo mayoritario [...]
La *nación-Estado* es perdurable, no debido a valores morales sagrados, sino debido a su utilidad desde el punto de vista democrático y también debido a su maleabilidad (Ben-Israel, 2011:65,66).

Esta postura resulta útil para su aplicación al caso de Nigeria por el hecho de que el concepto de nacionalismo es desmitificado y se presenta como el resultado de ciertas situaciones y procesos históricos, es decir, se contextualiza el surgimiento del nacionalismo y ahora se le identifica, no como una ideología, sino como un principio de organización política en el que el elemento que hace posible la acción política conjunta es el reconocimiento de una identidad colectiva. De esta manera, en Nigeria se observa una gran cantidad de factores que juegan un rol propio e impulsan el surgimiento de sentimientos “nacionalistas” y que generalmente se expresan con las llamadas políticas de inclusión y exclusión mencionadas anteriormente. Entre estos factores se pueden mencionar las condiciones económicas, los impulsos democráticos, las diferencias étnicas, las tradiciones sagradas, las ambiciones políticas o la urgencia de auto-gobierno.

Ahora bien, ¿qué es lo que ha hecho posible que la nación-Estado nigeriana se haya mantenido unida a pesar de los múltiples impulsos nacionalistas en su interior? De acuerdo con la postura sobre la nación-Estado aquí utilizada, aquello que siempre permanece es la tendencia de los grupos para unirse, en donde la democracia crea el vínculo entre el gobierno y el pueblo.

Si bien no se puede decir que durante el periodo estudiado la democracia en Nigeria se consolidó o que se llenó completamente la brecha entre el gobierno y la población, si es

posible advertir que la administración electa en 1999 contó con el mínimo requerido de legitimidad para gobernar. Dado que se cumplió con el principio central de la nación-Estado que es la subjetividad étnica (nacionalidad étnica definida por la identidad cultural) y la objetividad cívica (nacionalidad cívica que otorga ciudadanía igualitaria), la nación-Estado nigeriana no se ha desmembrado, aunque la presencia de minorías hostiles al gobierno ciertamente dificulta su funcionamiento (Ben-Israel, 2011:69).

Sin embargo, la cuestión de la democracia en Nigeria es mucho más profunda, por lo que en este punto se entenderá a la democracia no como un concepto *per se*, sino como un proceso dinámico de reforma política institucional que acerca o aleja a los sistemas políticos al ideal que es la democratización (Dinneya & Tsegaye, 2004:351).

Bajo este enfoque, la experiencia de Nigeria con la democratización –poco antes, y sobre todo durante el momento estudiado- representa un ejemplo clásico de una política en transición debido a que:

En políticas en transición, mientras la creciente agitación de los grupos pro-democráticos contra las dictaduras es un indicador de bajos niveles de democratización, una promesa de transición hacia un gobierno democrático por parte de una junta militar puede ser considerada como un avance positivo hacia la democracia [...] Sin embargo, promesas de transición rotas, ya sea en la forma de anulación de resultados o una negativa a aceptarlos en primer lugar, denota una democratización negativa (Dinneya & Tsegaye, 2004:351).

Como se ya se mencionó, las elecciones de 1999 dieron al electorado una actitud renovada y mejores expectativas sobre el futuro del proceso político, ya que se desarrollaron en un

ambiente calificado como transparente en general y sus resultados fueron aceptados, esto es lo que podría ser entendido como la “promesa cumplida”. No obstante, como lo mencionan Dinneya y Tsegaye, la raíz del estatus de política en transición es el fenómeno llamado *política étnica* y ésta sigue prevaleciendo en Nigeria.

Desde los primeros años de vida independiente de Nigeria los dirigentes nacionalistas estaban conscientes de que cualquier cosa que emergiera estaría fundada sobre bases muy débiles, por lo que lógicamente cada segmento se preocupó por consolidar su propia élite y por crear sus propios proyectos y agendas dentro de lo que a sus ojos sería la mejor versión de aquella nueva nación, en donde se consideraba que los intereses étnicos específicos estarían en riesgo a menos que se tuviera el poder (Alumona, 2006:177). Por lo tanto, las constantes tensiones étnico-regionales merman y limitan la capacidad del gobierno en el proceso de democratización.

Asimismo, existen otros dos factores que complican el proceso de reforma hacia la democracia en Nigeria. El primero de ellos es la falta de instituciones políticas suficientemente fuertes y bien diseñadas. Para que éstas funcionen, dentro del proceso de desarrollo institucional, ninguna institución en particular debe volverse tan poderosa como para que ensombrezca a otras, es decir, debe haber un balance en el que cada institución realice el rol que le fue asignado (Kaur, 2007:221). Sin embargo, en el caso de Nigeria las instituciones políticas son muy débiles y por lo tanto no han sido capaces de lidiar con las crisis sociales o económicas. Incluso cuando las instituciones existentes han tomado algunas medidas para solventar las problemáticas, estas medidas no han promovido el

interés general de la sociedad, sino solamente de una sección de la población, lo que provoca el descontento y posteriormente el conflicto.

Por otra parte, el desarrollo de las instituciones en Nigeria no ha sido armonioso o balanceado debido sobre todo a que el ejército ha tendido a predominar en el panorama político a través de la historia de la vida independiente del país en detrimento de otras instituciones como los partidos políticos o el poder judicial (Kaur, 2007:232).

El segundo factor a considerar como uno de los impedimentos de la democratización en Nigeria es su tipo de economía. Como lo menciona Emmanuel Remi Aiyede, una sociedad tan fragmentada como la nigeriana es la que hace posible el mantenimiento del gobierno predatorio, y por lo tanto, socaba el contenido desarrollista y democrático que se supone debe existir en los regímenes federalistas. Al mismo tiempo, ya que la estructura política es la que determina el éxito o fracaso del desempeño económico, en el caso de Nigeria, el panorama no es favorable debido a los vicios y abusos que la clase gobernante comete en pro de su ambición individual o de los grupos a los que representan (Aiyede, 2009:249,250,265).

Por otra parte, no es de sorprender que en “Estados rentistas”⁵ como Nigeria, en los que la columna vertebral de su economía depende de un solo recurso (en este caso el petróleo), la consolidación de la democracia sea más difícil de lograr. En un estudio realizado por Camila Sandbakken se reveló que la riqueza petrolera se asocia directamente con la

⁵ Un “Estado rentista” es un Estado que recibe rentas substanciales de individuos, empresas o gobiernos extranjeros, en el que la economía es dominada por estas rentas y en el que el gobierno es el principal receptor de éstas (Beblawi, 1987:49).

autocracia, es decir, los Estados rentistas tienen ciertas características que hacen poco probable que se conviertan en democracias consolidadas debido al poder discrecional que posee el gobierno (en todos los niveles) para el gasto de las ganancias. Por lo tanto, el régimen puede comprar la legitimación que necesita o crear sistemas de represión de la oposición (Sandbakken, 2006:138). Bajo este contexto, la competencia política se vuelve una cuestión de lucha por el acceso al control de las rentas petroleras, en donde las demandas de democratización son tendientes a inducir un cambio de régimen en el que los grupos que las impulsan obtengan una mejor posición y mayor acceso a su “rebanada del pastel”.

En suma, Nigeria sufre de desigualdad interna, tiene el estatus de Estado rentista y aún evidencia signos de una democracia frágil y en transición que no podrá consolidarse hasta que tanto las élites en el gobierno como la sociedad en general demuestren una voluntad o cultura democrática, es decir, hasta que haya un cambio de valores para gobernar y que con ello se creen el tipo de instituciones necesarias para que Nigeria se acerque más al ideal que es la democracia.

Con todo, en abril del año 2003 Nigeria logró pasar exitosamente de una administración civil a otra. Las elecciones –aunque marcadas por serias irregularidades- concedieron la victoria a Olusegun Obasanjo para un segundo periodo. Aunque para este año el país parecía haberse sobrepuesto de la turbulenta etapa de inestabilidad política dejada por los gobiernos militares, llevando de una forma relativamente legítima a un segundo período de gobierno a Obasanjo, y dando a su vez a Nigeria un nuevo sosiego a su camino a la democracia, la consolidación de la misma aún tenía que sobrepasar el estado de volatilidad

causado por el descontento de las elites, la polarización social, la disfunción institucional y el desequilibrio económico (Lewis, 2003:131).

En el año 2006 el camino hacia la democracia en Nigeria se puso una vez más en riesgo cuando Obasanjo intentó modificar la Constitución (de 1999) para poder gobernar en un tercer periodo y al mismo tiempo empañó las acciones positivas de lo que habían sido sus dos administraciones anteriores.

En sus ocho años de administración Obasanjo impulsó reformas macroeconómicas que condujeron al crecimiento económico, redujo la deuda externa, incrementó las reservas internacionales, promovió el ahorro de las ganancias del petróleo y lanzó una campaña anticorrupción sin precedentes. Por otro lado, en el plano internacional Obasanjo colocó a Nigeria en el camino al liderazgo regional (Suberu, 2007:96).

Finalmente, en las elecciones del 14 y 21 de abril de 2007 un nuevo gobierno civil arribó a la presidencia de Nigeria dirigido por Umaru Yar'Adua del Partido Popular Democrático. No obstante, el triunfo del musulmán norteño Yar'Adua se vio empañado por una sórdida jornada electoral que de acuerdo con numerosos observadores nacionales, estuvo repleta de irregularidades (Suberu, 2007:95).

Básicamente, en sus primeros años de gobierno Yar'Adua se propuso continuar con el proyecto de su predecesor, principalmente con las reformas macroeconómicas, además de impulsar el diálogo para la solución pacífica del conflicto en el delta del Níger. Sin embargo, la sombra de las elecciones “irregulares” que llevaron al poder a Yar'Adua,

aunada a la inestabilidad interna del país, representaron obstáculos en el camino a la promesa de consolidación de la federación de Nigeria.

Capítulo III. Evaluación del Caso: Nigeria como Potencia Media Emergente

Una vez que se ha presentado la situación interna de Nigeria para el periodo estudiado, ahora es tiempo de realizar el análisis y contraste del caso de estudio con lo que se ha dicho sobre las características de las potencias medias emergentes, pero antes de proceder con ello, es necesario aludir al comportamiento de Nigeria hacia el exterior.

3.1 Percepción de Nigeria como Líder

Desde su independencia y hasta el periodo en el que se inserta este estudio, Nigeria ha desempeñado un papel preponderante en su región, así como un rol significativo en todo el continente africano en concordancia con su peso específico como el país más poblado, con su enorme potencial de recursos naturales y con profundas y asimétricas interacciones con sus Estados vecinos.

En diversos estudios se habla de Nigeria como un “gigante” que posee el potencial para ejercer el liderazgo continental y en el fomento de la paz y la seguridad (Sklar, Onwudiwe & Kew, 2006:113). Sin embargo, antes de sustentar tal afirmación aún queda por saber si realmente se puede decir que Nigeria es un líder, dilucidar de qué factores depende tal categorización y saber cómo se identifica Nigeria a sí misma.

De acuerdo con Daniel C. Bach, desde su independencia y más aún, después de su regreso a la democracia en 1999, los regímenes sucesivos de Nigeria han mantenido un compromiso

activo en los asuntos del continente, lo que propició que paulatinamente Nigeria adquiriera el estatus de poder regional y por lo tanto de Estado pivote para África Occidental (Bach, 2007:302).

En parte, lo anterior se explica por el hecho de que ya desde finales de la década de los noventas comenzaron a aparecer diferentes fuerzas que a su vez crearon nuevas configuraciones de poder regional (Fuller & Arquilla, 1996:1). Dentro de este nuevo conglomerado de fuerzas se podía contar a Nigeria como uno de esos Estados que reclamaban mayor influencia en el sistema internacional.

De acuerdo con Fuller y Arquilla, estos Estados por definición poseen la voluntad, los medios y la ambición de conducir la política exterior en su propio entorno regional. Entre los Estados de este tipo que estos autores consideran se encuentra a Nigeria por el significado de su impacto en la seguridad regional y por el tipo de relaciones que mantienen con sus vecinos, demostrando el punto hasta el cual su poder se aplica más autónomamente en sistemas regionales (Fuller & Arquilla, 1996:2).

En este sentido, el poder que este tipo de Estados aplica implica el poseer y ser capaz de desplegar efectivamente tres diferentes tipos de poder: el poder tradicional físico inherente, el poder de capacidades materiales adquiridas y por último, el “poder psicológico”. El primero de ellos se refiere en términos generales a cuestiones medibles como el tamaño, la localización y los recursos humanos y materiales de un Estado. Como quedó demostrado en el capítulo anterior, Nigeria efectivamente cuenta con este poder físico inherente y se distingue sobre todo por su potencial en recursos naturales.

El poder de capacidades materiales adquiridas implica el trabajo de los Estados para adquirir poder y capacidades materiales a través de la aplicación hábil de políticas económicas (generalmente a través del impulso de bloques económicos regionales) y altos niveles de organización, así como del reclutamiento (desproporcionado en relación a su tamaño) de fuerzas armadas y la adquisición de armas poco convencionales.

En el caso de Nigeria, como se pudo notar, este tipo de poder no es tan prominente por varias razones. La primera de ellas es el hecho de que como tal, Nigeria no necesita adquirir poder material ya que de hecho cuenta con él; por otra parte, si bien ha impulsado la creación de organizaciones de cooperación económica regional, esto no ha sido precisamente con la ambición de construir “nichos” económicos, sino más bien, con el afán de ampliar y facilitar el intercambio mercantil local y fuera del continente. Por último, las fuerzas armadas nigerianas, si bien son una de las mayores en el continente y participan activamente en conflictos más allá de sus fronteras, no son desproporcionadamente numerosas ni tampoco están suficientemente bien armadas como para poder mantener sistemas de alianzas militares efectivos.

Es el tercer tipo de poder en el que –para el caso de Nigeria- se debe hacer mayor énfasis. El poder psicológico se encuentra en la esfera de la ideología de cada Estado y, hablando en términos regionales, incluso tiene mayor peso que el mismo poder físico. Sin embargo, este tipo de poder es imposible de cuantificar y por esta razón tiende a ser ignorado cuando se intenta hacer distinciones entre potencias.

A pesar de ello, para el caso que ocupa a este estudio, el análisis de este tipo de poder resulta fundamental por el hecho de que implica un tipo de comportamiento determinado por una *voluntad* o *ambición* para ser líder.

El poder psicológico emerge de la “voluntad nacional” nacida de las experiencias y perspectivas históricas, de los mitos nacionales, del sentido de destino y de de la percepción de una misión étnica o religiosa [...] (Fuller & Arquilla, 1996:3)

De acuerdo con Bach, desde el surgimiento de la entidad política conocida como Nigeria, las elites que se encontraban dentro de este país lo percibieron como un poder regional y como un líder “natural” en los asuntos continentales, por lo que a partir de ese momento esta idea se continuó alimentando y se comenzó a dar forma al tipo de comportamiento que distinguiría a Nigeria del resto de los países, no solo de África Occidental, sino también de todo el continente (Bach, 2007:302).

La *voluntad* se refiere al ejercicio concreto de la capacidad de influencia de un Estado. A su vez, este “ejercicio concreto” implica emprender y mantener una política exterior activa y diferenciada (Palou, 1993:12). Sin lugar a dudas, la voluntad de Nigeria se ha visto expresada en su activismo en el campo del regionalismo⁶ en el que este país ha demostrado un singular dominio (Bach, 2007:303).

⁶ Regionalismo se refiere a ideas o ideologías, programas, políticas y metas que buscan transformar un espacio social identificado dentro de un proyecto regional. También puede implicar la construcción de una identidad [...] Postula la implementación de un programa y la definición de una estrategia, y es por lo tanto frecuentemente asociado con la formación de instituciones o con la conclusión de acuerdos formales (Fuller & Arquilla, 1996:6).

Por supuesto que el grado de influencia que un Estado pueda ejercer sobre sus Estados vecinos puede variar dependiendo de aspectos tales como su libertad de maniobra, su situación económica y el contexto histórico. No obstante, si un Estado actúa a nivel internacional consciente de ser una potencia (de cualquier tipo), elaborará directrices de política exterior determinadas y diferentes de las que plantearía si no tuviera dicha percepción.

Desde la época de los sesentas, las referencias “mesiánicas” del liderazgo nigeriano en la conducción de los asuntos del continente africano han sido integradas en la conducción de la política exterior de Nigeria y en sus relaciones exteriores en general. De acuerdo con esta ambición:

Las administraciones sucesivas construyeron un argumento diplomático para que Nigeria cumpliera con su propio “destino manifiesto” y que fuera considerado como el “campeón de África” [...] El término “campeón” (rara vez definido) implicaba que Nigeria era un país al que las potencias occidentales escucharían y que podría defender las causas que otras naciones débiles eran incapaces de defender (Wright, 1998:133)

Asimismo, ya en los años ochenta el ministro del exterior Bolaji Akinyemi, basado en la influencia recientemente adquirida de Nigeria debido a su riqueza petrolera inició con la promoción de una doctrina en la que proponía evitar que África Occidental sufriera intervenciones militares del exterior y promovía además la idea de la resolución de conflictos “entre los propios africanos y con soluciones africanas”; en esta idea sin duda se perfilaba a Nigeria como el único Estado capaz de dirigir tales acciones (Bach, 2007:303).

Hasta aquí se ha hablado de elementos distintivos tales como el poder regional y la voluntad específica de Nigeria, pero todavía falta especificar a qué se hace referencia cuando se habla de su liderazgo en el entendido de que esta es una de las características fundamentales de las potencias medias emergentes. La siguiente es una definición de utilidad debido al tipo de acciones que desempeña Nigeria:

El liderazgo es un elemento clave de toda política, asimismo es un determinante crítico de éxito o de fracaso en el proceso de negociación institucional en el que dominan los esfuerzos (de agentes que representan a Estados) para la formación de regímenes internacionales o, más generalmente, arreglos institucionales en la sociedad internacional [...] En los acuerdos que se producen todos los Estados están dispuestos a participar [...] (Young, 1991:281,285,286).

Teniendo en cuenta lo anterior y entrando en el caso de Nigeria, entonces se puede decir que este Estado ejerce dos tipos de liderazgo. El primero de ellos es el que se conoce como liderazgo estructural y el segundo, el liderazgo ambicioso. Un líder estructural es aquél que actúa en nombre de una parte (generalmente un Estado), que está comprometido en la negociación institucional y quien la dirige normalmente valiéndose de la utilización de sus recursos materiales para la consecución de sus intereses. Por su parte, un líder ambicioso es aquél que hace uso de sus habilidades de negociación y a través de ello hace que todas las partes se beneficien de los acuerdos resultantes. Este tipo de liderazgo generalmente lo ejerce un personaje en representación de su Estado (Young, 1991:288). En el siguiente apartado se presentarán los casos específicos en los que Nigeria ha ejercido tanto los tipos de poder, como los dos tipos de liderazgo aquí mencionados.

3.2 Actuación e Importancia de Nigeria hacia el Exterior

La política exterior nigeriana ha estado marcada por una lucha competitiva para llegar a obtener el predominio en la dirección de los asuntos que atañen al continente africano, y debido a este intenso activismo político, no es de sorprender que en diversas ocasiones a lo largo de su historia como nación independiente y hasta el periodo estudiado, Nigeria ya ha tenido la oportunidad de ver cristalizados sus fines políticos a través del ejercicio de un liderazgo eficaz.

La imagen, capacidades materiales y comportamiento de Nigeria, sobre todo en su entorno regional, han sabido ser relativamente bien usadas y han retribuido conquistas específicas para el Estado. Entre las más importantes que se pueden mencionar, no solamente por su significancia en el momento histórico en el que se obtuvieron, sino también por la permanencia de sus efectos, se encuentra la creación de la ECOWAS (*Economic Community of West African States*). El surgimiento de esta organización regional se debió en gran medida a los esfuerzos de negociación diplomática y del despliegue del poder psicológico de Nigeria.

Además está el hecho de que como tal la creación de la ECOWAS fue el resultado exitoso del desarrollo de toda una estrategia política de Nigeria con objetivos bien definidos, entre los que destaca la consolidación de su autoridad en el ámbito de África Occidental y el paulatino desplazamiento de la influencia de Francia en la misma región.

Si se hace una retrospectiva hacia los orígenes de esta institución se podrá dar cuenta que desde el inicio Nigeria perseguía intereses geopolíticos muy específicos que iban más allá de la pura ambición de unir a los Estados de África Occidental. Las intenciones de Nigeria de construir una comunidad de Estados africanos aparecieron una vez terminada la guerra civil, en la que como se vio anteriormente, la parte de Biafra había intentado obtener su independencia de Nigeria (Bach, 2007:304). Ya que durante la guerra, tanto Francia como Costa de Marfil habían manifestado abiertamente su apoyo a la causa de Biafra, Nigeria comenzó a advertir como un peligro para su propia seguridad que la potencia europea siguiera teniendo entre sus zonas de influencia a África Occidental, por lo que inició con su activismo político para dar impulso a su iniciativa de constituir una comunidad económica de Estados en la zona para posteriormente llegar a la unión política.

Así, entre 1966 y 1975 se dieron una serie de negociaciones con los países de la zona en las que Nigeria demostró por primera vez las sólidas credenciales que poseía como líder regional ya que logró revertir la inicial hostilidad de varios países hacia su iniciativa. Mucho del éxito alcanzado se debió a su riqueza en recursos petroleros y al ambiente internacional favorable de aquella época que le hacía posible conseguir concesiones de comercio y ayuda de varios países europeos.

Sin embargo, el camino para que Nigeria lograra convertirse en “el primer y mayor poder de la política africana” no fue nada sencillo (Ojo, 1980:572). Dentro de las razones que Nigeria planteaba en las negociaciones para la aceptación de la creación de ECOWAS se encontraba su “deseo” de crear un mercado común africano en el que el centro del

crecimiento industrial sería Nigeria⁷. Sin embargo, para líderes sobre todo de la parte francófona, la sola posibilidad de que Nigeria alcanzara el predominio económico implicaba un riesgo.

De esta manera, la falta de confianza entre los líderes francófonos africanos se volvió un factor limitante para Nigeria al punto que en 1973 se creó la *Communauté Économique de l'Afrique de l'Ouest* (CEAO) como un intento de seis países (Costa de Marfil, Senegal, Níger, el Alto Volta –hoy Burkina Faso-, Mali y Mauritania) más el apoyo activo de Francia, de servir como contrapeso de la influencia nigeriana en África Occidental (Bach, 1983:605).

No obstante, la determinación de Nigeria por sobrepasar la oposición fue más fuerte. Después de la creación de la CEAO, Nigeria comenzó una campaña para mejorar sus relaciones con los Estados francófonos de África Occidental, dejando en claro que su intención no era que éstos rompieran relaciones con Francia. Así, en 1975 se llegó a la antesala de lo que sería la conformación definitiva de ECOWAS con la Convención de Lomé en la que se logró acordar un marco legal dentro del cual todos aquellos Estados que formaran parte de ECOWAS podrían mantener sus relaciones económicas “extra-africanas” (Bach, 1983:611).

⁷ El razonamiento en general de Nigeria era que un mercado común reduciría la dependencia de los países francófonos e incrementaría la capacidad de negociación de Nigeria con los países europeos y que por lo tanto se ofrecerían beneficios económicos para todos. En particular se pensaba que aunque el mercado nigeriano era grande, aún era muy pobre y que sin una integración regional para sostener la exportación a larga escala, la diversificación y las industrias para la sustitución de importaciones, el crecimiento económico y el desarrollo eran impensables (Ojo, 1980:574).

Una vez hecho esto, ECOWAS no significaba más una amenaza para sus lazos con Francia y por lo tanto se dio paso a su creación, a pesar de que era bien reconocido por todos aquellos que la integrarían que Nigeria sería quien la dominaría. El 28 de mayo de 1975 fue firmado el Tratado de Lagos por los 15 Estados independientes de África Occidental. En este tratado se proclamaba la validez de los derechos y obligaciones surgidos una vez firmado el mismo, así como la norma de que todos los Estados miembro debían estar de acuerdo antes de la adopción de cualquier decisión que afectara a la comunidad.

Desde su fundación y hasta el periodo estudiado y a pesar de la igualdad soberana reconocida entre todas las naciones que integran ECOWAS, la amplia contribución económica de Nigeria (más del 32 por ciento del total de presupuesto de la comunidad) ha afectado tanto la evolución de la misma, como las decisiones que se toman y las posturas ante las propuestas comunes de los miembros francófonos, lo que ofrece una muestra indudable de la naturaleza del tipo de política que se sigue en toda África Occidental.

ECOWAS fue indudablemente considerado por algunos de sus impulsores como un medio para promover la autoconfianza colectiva en África Occidental, pero desde su nacimiento, sus objetivos económicos han sido invalidados por consideraciones geopolíticas que decisivamente formaron su tratado [...] Mientras la integración siguió siendo proclamada como el principal objetivo de la comunidad, su emergencia proyectó la penetrante preocupación nigeriana por establecer y controlar su ambiente externo (Bach, 1983:605).

En resumen, la Comunidad Económica de Estados de África Occidental proveyó a Nigeria de un marco institucional para ejercer su liderazgo y para asumir su nuevo rol en África.

Desde su creación y hasta 2009, Nigeria se ha caracterizado por desempeñar un papel muy activo en el seno de esta institución y en diversos ámbitos.

En mayo de 1981 se firmó un pacto de defensa (y no agresión) entre los miembros del ECOWAS, ya que se consideraba que la situación cada vez más inestable en varios países – no sólo de África Occidental- sino también del resto del continente los volvía cada vez más vulnerables a agresiones externas impulsadas principalmente por disputas fronterizas (Okolo, 1983:177). Después de la firma de este pacto Nigeria tuvo la oportunidad de mostrarse como un verdadero poder militar subregional y como un fuerte apoyo a las instituciones de la comunidad creadas para la resolución de conflictos.

Sin embargo, la decisión de enero de 1983 que tomó el gobierno nigeriano de expulsar a aproximadamente 700,000 de trabajadores extranjeros de su territorio ensombreció su actuación al interior de ECOWAS. Esto se debió al hecho de que poco antes se había ratificado (por todos los miembros) el Protocolo sobre el Libre Movimiento de Personas, Derecho de Residencia y de Establecimiento y por lo tanto en aquél momento se puso en tela de juicio el compromiso de Nigeria con el espíritu de integración de la comunidad (Brown, 1989:252).

A pesar de lo que significó este incidente, Nigeria continuó con su activismo y se ocupó de recuperar su prestigio a través del establecimiento y reforzamiento de lazos entre los miembros de ECOWAS, así como de éstos con varias instituciones financieras multinacionales como el Banco Mundial, el Fondo Europeo de Desarrollo y el Banco Africano de Desarrollo.

De esta manera, la primera década de vida de ECOWAS no solo retribuyó a Nigeria la consecución de objetivos geopolíticos, también hizo posible el mejoramiento de sus relaciones con el África Occidental francófona, significó el aumento considerable de su participación en acuerdos económicos tales como el intercambio de productos minerales, cemento, petroquímicos y azúcar con Guinea, Níger, Benín y Senegal (Bach, 1983:617).

Para el año 1999 ECOWAS ya se había consolidado y gozaba de reconocimiento internacional como la más destacada comunidad económica regional en África. Mucho de este éxito se debió a los significativos progresos que se hicieron en la creación de instituciones, la armonización de normas y la construcción de infraestructuras de transporte y comunicaciones regionales (Bach, 2007:305).

En ese mismo año, siguiendo las orientaciones y ambiciones geopolíticas de Nigeria se adoptó el Protocolo relativo al Mecanismo para la Prevención, Manejo y Resolución de Conflictos, Mantenimiento de la Paz y Seguridad en el que se perfeccionó la estructura de la seguridad regional.

Una muestra de la proyección de la fuerza militar de Nigeria fue la intervención en Sierra Leona. Años antes de la elección de Olusegun Obasanjo, Nigeria había mandado tropas a este país que atravesaba por una devastadora guerra civil. Las operaciones comandadas por Nigeria a través del ECOMOG (*ECOWAS Cease-Fire Monitoring Group*) tenían como objetivo el cese al fuego y la reinstalación de un gobierno legítimo en Sierra Leona. Sin embargo, estos objetivos no se consiguieron debido a que –en gran parte gracias al apoyo de Nigeria- el gobierno de Ahmad Kabbah no pudo ser apartado del poder, por lo que el

conflicto persistió (Bach, 2007:311). Finalmente en 1999, Obasanjo “reevaluó” la postura de Nigeria y decidió retirar sus tropas. Esto significó que el regreso de Nigeria a un gobierno democrático también se vio reflejado en su actuación hacia el exterior, si no eliminando por completo su apoyo a gobiernos represores, si por lo menos, no inmiscuyéndose a su favor.

En agosto de 2003, el presidente Obasanjo hizo uso de la maquinaria diplomática, financiera y militar de Nigeria y como miembro de ECOWAS dirigió las operaciones militares en el conflicto que se suscitaba en Liberia. A pesar de la decisión controversial de Obasanjo de conceder asilo al presidente Charles Taylor, la misión encabezada por Nigeria consiguió superar el persistente estancamiento en el que había caído la guerra civil en ese país y facilitó la renuncia de Taylor hasta que se consiguió poner fin a la guerra. Posteriormente las tropas de Nigeria, regresaron a Liberia para seguir apoyando la misión (Lloyd, 2004:217).

Esta experiencia de Nigeria en el mantenimiento de la paz bajo el auspicio de la ECOWAS significó un gran impulso en la imagen de este país como garante de seguridad en la región, aunque no se puede decir que la capacidad militar desplegada haya sido verdaderamente significativa en términos materiales.

Asimismo, la influencia y personalidad de Obasanjo convirtieron a Nigeria en un agente clave para el mejoramiento de los vínculos de la Organización de Naciones Unidas y la Unión Africana con el continente e hizo que el compromiso de ambas instituciones con el mismo se incrementara y se expresara con el aumento de recursos. Por otra parte, el

activismo de Obasanjo al interior de la ECOWAS y en toda África, hizo posible el apoyo internacional de la *Pax Africana* (este término se relaciona con la solución de conflictos bajo el manejo de los propios Estados africanos). A este respecto Daniel C. Bach expresa:

En África Occidental, como en cualquier otra parte del continente, Nigeria se ha convertido en un modelo y un mentor en los esfuerzos por combinar el multilateralismo con la resolución de conflictos a través del arbitraje y el gobierno de la ley (internacional) (Bach, 2007:312).

Sin embargo, gran parte de los logros que Nigeria ha tenido en su proceso de consolidación como líder regional y como Estado pivote en toda África, y que ha hecho que cambie la percepción que el resto del mundo tiene de él (sobre todo Estados Unidos), se debe sin duda a su riqueza petrolera, es decir, Nigeria ha sabido hacer uso de su poder físico para ejercer su liderazgo estructural y, a través de una negociación eficaz, ha transformado esta ventaja en beneficios tangibles.

Por ejemplo, gracias al despliegue de este tipo de liderazgo Nigeria logró crear coaliciones efectivas que apoyaron su iniciativa para la creación de la ECOWAS. Asimismo, durante los años de existencia de la ECOWAS Nigeria se ha comprometido a suministrar petróleo a bajo costo a otros países miembros como Costa de Marfil, Senegal y Togo a cambio de su apoyo específico en iniciativas que ha presentado al interior de la comunidad.

Por otra parte, dada la inestabilidad en Medio Oriente y las enormes cantidades de reservas de petróleo y gas probadas de Nigeria, las potencias occidentales han puesto sus ojos en

este país y han hecho que se convierta en uno de sus más indispensables proveedores de recursos petroleros. Sin duda, esta nueva percepción sobre el potencial de Nigeria ha tenido un impacto significativo en las relaciones entre las principales potencias mundiales consumidoras de petróleo y Nigeria. Estas potencias entendieron que no podían continuar usando los mismos términos de negociación que usaban cuando trataban con cualquier otro Estado pequeño y que éstos términos debían cambiar para las negociaciones y acuerdos que se celebraban con un Estado que poseía tal cantidad de un recurso tan estratégico como lo es el petróleo.

De particular relevancia para los objetivos de este estudio es el tipo de relación que Nigeria mantiene con la potencia hegemónica, es decir, con Estados Unidos y la cuestión del rol de Nigeria como sexta potencia petrolera mundial es el factor nodal que ayuda a explicar la misma.

Entender el tipo de relación que el objeto de estudio tiene con la potencia hegemónica mundial es de gran utilidad puesto que es un elemento que se puede adherir a la caracterización de Nigeria como potencia media emergente. Sin embargo, en este punto el análisis debe partir de la posición de la potencia hegemónica.

De acuerdo con Graham E. Fuller las políticas de Estados Unidos hacia sistemas regionales pueden variar dependiendo de cada región y sobre todo de los intereses específicos que este país persiga en cada una. En general se identifican tres tipos de estrategias de acción, pero ya que en el caso de Nigeria, Estados Unidos ha aplicado solo dos de ellas, entonces únicamente se hará mención de estas dos. La primera de ellas es la de apoyo al hegemón

local para ayudarlo a manejar las relaciones regionales. La segunda estrategia es la que se conoce como “*laissez-faire*”, la cual consiste en que Estado Unidos permite que las políticas en la región sigan su curso “natural” sin intervención significativa de su parte; de esta manera las dinámicas regionales por sí solas producirán sus Estados o Estado hegemónico local o incluso si fuera el caso, balances de poder (Fuller & Arquilla, 1996:4,5).

Ahora bien, en el caso de la política que Estados Unidos ha decidido emprender hacia Nigeria se puede advertir una combinación de ambas estrategias y una de las razones principales que explican este comportamiento es el interés que la potencia hegemónica tiene en los recursos energéticos nigerianos.

Por ejemplo, Estados Unidos ha reconocido la importancia del rol de Nigeria como líder de ECOWAS en la provisión de la seguridad en la región, por lo que concedió un fuerte apoyo al presidente Obasanjo en las acciones que se emprendieron en Liberia y en Sierra Leona. Ciertamente en la lógica de Estados Unidos, resulta más fácil y menos costoso dar apoyo diplomático que intervenir directamente en las disputas entre las naciones, ya que sabe que en cualquier caso, la estabilización de los países con conflictos internos beneficia sus intereses.

Asimismo, durante la administración Bush Estados Unidos reconoció a Nigeria, junto con Etiopía, Kenia y Sudáfrica, como uno de los cuatro Estados clave en África subsahariana que tenían el potencial de actuar como garantes de la estabilidad regional a través de la mediación y las operaciones de mantenimiento de la paz (Lloyd, 2004:219).

Por otra parte, hablando específicamente de África Occidental y del rol de los hidrocarburos, se deben mencionar una serie de factores que han delineado la posición de Estados Unidos hacia Nigeria. En primer lugar está el hecho de que esta región depende cada vez más del patrullaje de las instalaciones petroleras y por lo tanto obedece cada vez más a los planes conjuntos entre Estados Unidos y Nigeria en la búsqueda de suprimir las amenazas a la producción y exportación del petróleo del “Triángulo Africano del Petróleo”⁸. Las expectativas de abastecimiento de petróleo africano de Estados Unidos son tales que, de la misma forma que en el Golfo Pérsico, la necesidad de mantener el flujo del petróleo hacia las industrias estadounidenses ha hecho que la estabilidad sea una prioridad en el diseño de las políticas de Estados Unidos sin importar el costo.

En este sentido, las políticas de seguridad energética de Estados Unidos combinadas con el aumento del sentimiento antiterrorista surgido después del 9/11, han reforzado las doctrinas de defensa estadounidense en todo el mundo, pero más aún en los puntos estratégicos de abastecimiento, entre éstos se encuentra Nigeria como un “interés vital” para la diversificación de las importaciones energéticas estadounidenses⁹.

Después de 2001, ocho años más tarde se incrementó de manera muy significativa la presencia militar estadounidense en el Golfo de Guinea y la cooperación nigeriano-estadounidense en el ámbito comercial y en el manejo de la seguridad en la región del Delta del Níger.

⁸ El Triángulo Africano del Petróleo es una zona geográfica “imaginaria” que se ha delimitado tomando en cuenta los principales países africanos productores de petróleo, uno de sus ángulos es Libia al norte, el Golfo de Guinea en el centro y hasta Angola en el sur (Lubeck, Watts & Lipschutz, 2007:2).

⁹ Así lo declaró el vicepresidente Richard Cheney en mayo de 2001 en su Informe Nacional de Energía (Klare, 2004:98)

En 2005 se presentó en Washington un nuevo pretexto para incrementar el financiamiento de las fuerzas de la GWOT (*Global War On Terrorism*), una fuerza de transformación antiterrorismo que operaba en todo el mundo y que después de los ataques del 2001 en Estados Unidos se desplazó también a África. La secretaria de Defensa para Asuntos Africanos durante la administración de George Bush, Theresa Whelan, anunció el descubrimiento de un “nuevo paradigma de riesgo”, la “amenaza de las zonas sin gobierno” en África Occidental y del noroeste (Whelan, 2005). La secretaria asumía que en la zona había un gran número de terroristas y “otros agentes peligrosos”, por lo que la nueva meta del ejército estadounidense debía ser ayudar a proveer y hacer perdurar la democracia en esos Estados institucionalmente débiles. Entre las principales acciones se destaca el entrenamiento y la asesoría de los ejércitos locales en el patrullaje de las zonas conflictivas, las cuales, evidentemente coincidían con las zonas de extracción petrolera como el delta del Níger.

Sin embargo en Nigeria ha habido un rechazo de las poblaciones locales en las que se ha pretendido la instalación de bases militares de avanzada estadounidenses, por lo que la presencia militar se ha limitado al entrenamiento, equipamiento y asesoría activa de militares. No obstante, las empresas petroleras multinacionales, encabezadas por Shell se han dirigido directamente al gobierno de Estados Unidos para que garantice su seguridad y sus operaciones, alegando que Nigeria pudo haber perdido su capacidad para controlar la situación.

En mayo de 2006, Obasanjo se reunió en Washington con George Bush. Entre las prioridades de su agenda se encontraba la solicitud de apoyo para el control de la

insurgencia y la criminalidad en el delta. Más tarde ese mismo año, Estados Unidos incrementó su poderío naval en las costas del Golfo de Guinea y además de que logró asegurar su abastecimiento gracias al patrullaje de los campos petroleros nigerianos, también consiguió que disminuyera la incidencia criminal, específicamente la piratería y el robo de petróleo en la zona (Lubeck, Watts & Lipschutz, 2007:15).

Por otra parte, desde 2006 la inteligencia estadounidense empezó la búsqueda exhaustiva de evidencias que vincularan a las poblaciones musulmanas nigerianas del norte con células terroristas de Al Qaeda, y sin embargo, nunca se han presentado pruebas fehacientes que sustenten este hecho para que se justifique la presencia militar estadounidense en la región norte del país. La percepción de que la población musulmana de Nigeria podía amenazar los intereses energéticos de Nigeria se disparó en 2002 cuando se instituyó la aplicación de la *sharia* en 12 Estados de esta región. Para Estados Unidos esto fue una muestra de radicalización musulmana extremista, dados los posteriores enfrentamientos violentos entre las diferentes sectas islámicas y las poblaciones cristianas cercanas a la región musulmana.

A pesar de que es evidente el motivo del interés de Estados Unidos por asegurar la estabilidad en el norte de Nigeria, el gobierno de este Estado no se ha opuesto decididamente a la presencia bélica estadounidense, ya que gracias a ella se ha logrado mantener una relativa calma en la región aunque la tensión esté constantemente presente.

En resumen, se puede decir que si bien Estados Unidos no fue quien colocó a Nigeria como líder regional, si ha apoyado su camino dada la percepción de mutualidad de intereses entre

ambos y a las capacidades que ha demostrado Nigeria en la conducción de las dinámicas regionales.

A través del uso efectivo de sus clases de liderazgo en diversas negociaciones, Nigeria – quien desde los setentas se colocó como uno de los principales productores de petróleo y a la cabeza como el principal poseedor de reservas probadas de crudo- ha demostrado su ímpetu para la acción en el continente africano. Asimismo, tanto su voluntad, como sus actitudes psicológicas sobre sí mismo, han hecho posible que Nigeria haya asumido cabalmente el rol que le corresponde como directriz de su región.

3.3 Evaluación del Caso

Una vez que se han presentado tanto las realidades internas de Nigeria, como el tipo de rol que desempeña al interior de su propio espacio geopolítico y su significado en términos mundiales, ahora es el turno de contrastar el contexto nigeriano con aquello que se mencionó al principio de este estudio sobre las potencias medias emergentes, es decir, se debe evaluar hasta qué punto Nigeria posee los atributos necesarios para ser considerada como una potencia media emergente.

En primer lugar se evaluarán los factores internos de tipo material por ser los más evidentes. Uno de los primeros atributos medibles que salta a la vista en el caso de Nigeria es su situación territorial. Como se ha señalado, este país es uno de los más extensos de África, lo que hace posible que cuente con una gran variedad de ecosistemas y recursos

naturales. No obstante, lo intrincado e irregular de la morfología de su territorio complica la adecuada conectividad entre los Estados de la federación.

Nigeria cuenta en general con una adecuada conexión con el resto del continente. Sus intercambios comerciales se facilitan dada su extensa línea costera, en la que a su vez se localizan sus importantes campos petroleros de los que se obtiene petróleo de muy buena calidad. Sin embargo, las principales zonas productoras se ven afectadas por todo tipo de contaminación lo que ha degradado de manera considerable su medio ambiente y la forma de vida de sus habitantes.

Finalmente, se debe mencionar que las fronteras de Nigeria son porosas, ya que al no haber un resguardo efectivo de ellas, cada año tanto inmigrantes ilegales como grupos delictivos las atraviesan casi a voluntad. Además, está el hecho de que al no haber quedado bien definidos los límites territoriales de Nigeria, este país ha tenido que enfrentar disputas por territorios ricos en recursos petroleros; un ejemplo de ello fue la disputa que se tuvo con Camerún iniciada en los años noventa por la Isla de Bakassi y que concluyó en 2002 con una resolución de La Haya en la que se reconocía la soberanía de Camerún sobre la misma.

Ahora es el turno de analizar los factores demográficos. Nigeria tiene un alto potencial en recursos humanos por ser el país más densamente poblado de África con una población mayoritariamente oscilando en edades económicamente activas, asimismo su índice de urbanización es el más alto. Sin embargo, tal cantidad de población hace muy complicado para el gobierno ser capaz de proveer plenamente los servicios básicos de salud, educación, seguridad e infraestructura en general. Es sólo en las grandes ciudades como Lagos, Abuja,

Kano e Ibadán en las que se concentran los centros educativos, culturales y de salud, además de la mejor infraestructura. Al mismo tiempo, el Estado no es capaz de sustentar un tipo de economía que propicie la creación de los empleos necesarios para ocupar a la población.

La enorme diversidad étnica que converge en Nigeria se ha convertido en un problema del cual el Estado no se ha ocupado eficazmente. Esto se debe en gran medida a la falta de igualdad en la repartición de los ingresos y a la proliferación de políticas que excluyen sistemáticamente a los grupos que no han sido capaces de llegar al poder. Todo esto convierte a Nigeria en un país materialmente no igualitario.

A pesar de los relativamente altos ingresos nacionales que recibe Nigeria al año, la mayoría de su población vive incluso por debajo de la línea de la pobreza. Todo ello forma parte de una enorme estructura de vicios y abusos de un Estado completamente dependiente de la exportación de una sola materia prima como lo es el petróleo. Lo que es peor, durante el periodo estudiado no se registró ningún esfuerzo efectivo por diversificar la economía nigeriana, sino que por el contrario, se pudo observar la manera en la que Nigeria se imbuía cada vez más en su dependencia.

Ahora es el momento de pasar al análisis de los factores no materiales internos de Nigeria. A pesar de lo contrastante de la situación interna de Nigeria, es importante reconocer que no todos los patrones adversos de su funcionamiento como Estado han surgido como resultado de una incapacidad inherente de los nigerianos. Como se pudo observar, los diferentes contextos históricos por los que atravesó y sus efectos a largo plazo, también

contribuyeron a delinear algunas de las pautas que Nigeria sigue repitiendo. Desde la irrupción europea con el desequilibrio que significó la introducción desmedida de la esclavitud a gran escala hasta la adopción y asimilación de formas de organización y administración política adoptadas durante la colonización afectaron el camino que iba a seguir Nigeria una vez que fue independiente.

Sin lugar a dudas, uno de los legados coloniales que más efectos negativos tuvo para Nigeria fue el tipo de gobierno basado en la administración separada y diferenciada de las regiones que integraban el país. Este tipo de gobierno, en primer lugar hizo que se perpetuaran y que casi se institucionalizaran los gobiernos (en todos los niveles) dirigidos por jefes locales, los cuales a su vez continuaron con la pauta de favorecimiento a sus allegados o grupo étnico.

En segundo lugar la diferenciación de las regiones norte, sur y este desde la colonia y hasta el periodo abordado, siguió siendo un problema que adquirió dimensiones enormes cuando llegó a los enfrentamientos armados.

Ahora bien, dentro de la caracterización de las potencias medias emergentes se toma muy en cuenta la cuestión de la democracia, cabe hacer énfasis en la evaluación de esta para el caso de Nigeria. Como se mostró en el capítulo anterior, el hecho de que Nigeria haya podido regresar a la “democracia” en 1999, ello no implicó que ésta estuviera consolidada, por el contrario, el balance que se puede hacer sobre esta cuestión en los diez años que se estudiaron, en el mejor de los casos, apunta a una transición hacia la democracia a la cual

todavía le falta un largo camino de maduración de sus instituciones políticas y de replanteamiento de la cultura de gobernanza de las élites que dirigen al Estado.

La arraigada y lacerante práctica del neopatrimonialismo de la mano con la corrupción, agudiza de manera alarmante la marginalización, no solamente de las minorías étnicas, sino del grueso de la sociedad en general, puesto que el acceso al poder se ha convertido en un botín por el que vale la pena luchar. Esta situación aunada al miedo de dominación imperante entre las regiones predominantes (norte, este y sur) ha provocado el surgimiento de conflictos y enfrentamientos violentos, así como el nacimiento de movimientos con intenciones separatistas, que rebasan el control del Estado y por lo tanto ponen en riesgo su estabilidad y continuidad.

Todo ello involucra el decaimiento de las instituciones, la pérdida del control territorial, el uso de la fuerza ilegítimamente y la falta de compromiso con la noción mínima del bien público. No obstante, el sostenimiento de prácticas democráticas que se evidenció durante los diez años abordados, en la elección y alternancia de los gobernantes nigerianos es una muestra del nuevo compromiso del Estado nigeriano con la promesa de democracia y al mismo tiempo crea expectativas alentadoras sobre el futuro de este gigante africano.

Por lo que concierne al ámbito exterior el panorama de Nigeria es un tanto más favorable. Como vio en el apartado anterior, Nigeria ha obtenido éxitos decisivos, sobre todo en el ámbito de la negociación internacional para la construcción de instituciones, las cuales posteriormente le han servido de herramientas para dar continuidad a su dominación en las dinámicas regionales.

Gracias al uso constante de sus dos clases de liderazgo, a la habilidad y activismo del Presidente Olusegun Obasanjo y al uso eficiente de sus recursos materiales como alicientes y catalizadores en las negociaciones, Nigeria ha sido capaz de consolidar su imagen hacia el exterior y se ha vuelto un Estado cuya opinión y posturas son cada vez más relevantes y por lo tanto tomadas en consideración por parte de las grandes potencias que dirigen al sistema internacional, ya que éstas son conscientes de que Nigeria no puede seguir siendo tratado solamente como si fuera un Estado débil más del mundo en desarrollo.

Ahora bien, si es que Nigeria cumple con los requisitos que implica poseer el estatus de potencia media emergente, aún queda la cuestión de cómo es que la combinación de las realidades internas de Nigeria con su actuación al exterior, influyen en la categorización de este país como una potencia media emergente.

En efecto, –a grandes rasgos- Nigeria cumple con todos los requerimientos materiales necesarios para ser considerada una potencia media emergente. Por lo que toca a los requerimientos no materiales y de proyección al exterior, se puede decir que también los cumple, sin embargo, es aquí donde surge la singularidad del caso de Nigeria, y se evidencia la importancia del análisis contextualizado de cada caso, ya que gracias al ejercicio hecho con este país, se puede concluir que no hay “potencias medias emergentes puras”, sino que más bien, hay conductas, atributos constitutivos medibles y no medibles e ideologías coincidentes que hacen posible clasificar a un determinado país en una posición jerárquica en el sistema internacional junto con otros.

De esta manera, claramente Nigeria se distingue entre el resto de los Estados de su región tanto por su potencial físico, como por su envergadura económica y su rol como uno de los líderes continentales. Sin embargo, el estatus de “emergente” de Nigeria se debe al hecho de que su actuación hacia el exterior inexorablemente se ve limitada por su pobre manejo de los conflictos y debilidades internas, las cuales, *van mucho más allá* de lo que el concepto de potencia media emergente señala como la inequidad material entre la población, la economía periférica y dependiente o la reciente adquisición de la democracia.

En cualquier medición de factores objetivos tales como población, poder militar, fuerza económica o recursos naturales, Nigeria debería dominar en África Occidental, incluso podría reclamar su supremacía en toda África Subsahariana [...] Sin embargo, aunque ha tomado roles de liderazgo en numerosas ocasiones, la realidad es menos impresionante que el potencial [...] No son las presiones o fuerzas externas, sino los problemas internos los que han obstruido al país y muestran pocos signos de ser aliviados en un futuro cercano (Bach, 2007:312).

Por otra parte, el concepto de potencia media emergente aquí presentado al inicio menciona que todo Estado que se pretenda identificar como tal, debe poseer la voluntad para liderar los asuntos de su región. Como quedó demostrado la élite nigeriana efectivamente posee tal voluntad, sin embargo, al mismo tiempo este concepto de potencia media emergente también hace alusión a que el Estado debe mostrar una postura revisionista ante el orden mundial establecido y es ahí donde el caso de Nigeria sale del patrón de comportamiento que se esperaría de una “típica” potencia media emergente.

Lo anterior se debe al hecho de que como tal Nigeria nunca ha retado o cuestionado abiertamente el orden mundial imperante en el que Estados Unidos es la cabeza, sino que por el contrario, Nigeria se ha preocupado por mantener buenas relaciones con la potencia hegemónica, puesto que ambos identifican y explotan cada uno para sí la convergencia de sus intereses en ámbitos específicos.

El aspecto que hace referencia a las acciones prominentemente de tipo unilateral entre las potencias medias emergentes, también puede ser puesto en tela de juicio en el caso de Nigeria, ya que de acuerdo a lo que se presentó, en sus acciones hacia el exterior, si bien este Estado ha tomado la iniciativa y el papel de director (principalmente en intervenciones militares), esto no significa que sus maniobras hayan sido llevadas a cabo sin consenso o que hayan sido implementadas unilateralmente, tampoco significa por el contrario, que estas acciones no hayan sido muchas veces tendientes a cumplir objetivos y velar por intereses específicos de Nigeria. Es decir que de acuerdo a sus intereses y prioridades Nigeria opta ya sea por posturas unilaterales o multilaterales.

Aquello que resalta en el caso de Nigeria es el hecho de que dada su capacidad de negociación y manipulación, este Estado no tiene la necesidad de emprender acciones unilateralmente sino que es capaz de lograr no solo consenso, sino también el apoyo necesario para emprender las iniciativas que considera oportunas.

El tamaño, población y recursos de Nigeria han hecho destacar significativamente el rol mundial y regional de este Estado, sin embargo su incapacidad de lidiar con y resolver sus problemáticas internas, limita lo que podría ser una mejor actuación en el ámbito de sus

relaciones internacionales. Ya que el mayor problema de Nigeria reside en su estabilización interna, este Estado puede ser llamado potencia media emergente, dado el hecho de que aún se encuentra en el camino hacia su consolidación como una potencia que sea capaz de reflejar su fortaleza interna hacia el exterior y de transformarla en la retribución que todo Estado busca: el desarrollo.

Aunque sin la realización de este objetivo prioritario, Nigeria como potencia regional ciertamente seguirá jugando un papel relativamente autónomo por mucho tiempo, su futuro y consolidación a más largo plazo, se verán en riesgo ya que en algún momento las fallas internas serán tan graves que la potencia ya no será más capaz de garantizar la estabilidad y la seguridad de su región, ni mucho menos pretender actuar como inquisidor o mediador en otros entornos si a nivel doméstico sufre de vicios y carencias similares.

Consideraciones Finales

Una vez que han sido presentadas las principales consideraciones sobre el caso que fue el objeto de este estudio, en este punto es posible mencionar algunas notas concluyentes al respecto.

En primer lugar, la hipótesis presentada al inicio puede ser sustentada debido al hecho de que, como se pudo contrastar, la República Federal de Nigeria en efecto posee los atributos constitutivos materiales y no materiales mínimamente necesarios para poder ser considerada como una potencia media emergente. En otras palabras, por sus dimensiones, sus recursos naturales, su voluntad, capacidad de aceptar responsabilidades, su influencia y sus condiciones internas Nigeria puede ser catalogada como una potencia media emergente. No obstante, en este mismo sentido ha sido posible notar que no hay tipologías o comportamientos “puros” de potencias medias emergentes, y el caso de Nigeria presentó una variedad de particularidades que sustentan esta afirmación, dejando ver además la importancia del análisis contextualizado de la situación de cada Estado.

Gran parte de las especificidades que presenta Nigeria han dejado ver que este Estado no se ajusta completamente a lo que sería el comportamiento o la funcionalidad esperados de una potencia media emergente, si se toma en cuenta lo enunciado al inicio de este estudio.

Sin lugar a dudas Nigeria es un polo de crecimiento económico y de poder político en África; sin embargo, en tanto que potencia media emergente este Estado combina

elementos de debilidad y fuerza, es decir, sus problemas internos limitan la capacidad de ejercicio eficiente de su poder. Al mismo tiempo, la voluntad de liderazgo de este país lo ha colocado en un lugar preponderante, no solamente en su contexto continental, sino también en el sistema internacional.

A nivel interno, son sus numerosas problemáticas sin resolver las que han impedido la consolidación de Nigeria como una potencia media en el ámbito mundial, y al mismo tiempo, son la principal causa de que este país mantenga su estatus de “emergente” debido al hecho de que éstas obstruyen y retrasan su desarrollo.

La evidencia presentada sugiere que durante el periodo abarcado, Nigeria –en tanto que Estado arrendador de sus recursos petroleros- no fue capaz de diversificar su economía y continuó siendo dependiente de la exportación de una sola materia prima para sustentarse. Asimismo, esta situación supone un riesgo muy grande para el futuro de Nigeria que estriba en la perpetuación de este país meramente como un suministrador de materias primas para los países desarrollados.

Por otra parte y aunado a lo anterior, los factores políticos domésticos hacen que la democracia en Nigeria aún se encuentre en un periodo de transición hacia su consolidación. Únicamente un programa de democratización que se ocupe de promover los intereses, no solamente de las minorías que controlan los recursos y el gobierno, hará posible contener las insurgencias, la criminalidad y la inestabilidad social en general. Asimismo, la democratización requiere la institucionalización de elecciones libres y justas, la atención del desempleo, la compensación de años de exclusión a las comunidades minoritarias, así

como su empoderamiento, el monitoreo eficiente de los fondos públicos y en general mejorar el nivel de vida de todos los nigerianos.

Durante este periodo, el gobierno del Presidente Obasanjo se mostró muy proactivo hacia el mejoramiento de la situación de su país, sobre todo en cuanto a la cuestión de la transparencia en el manejo de recursos. Pero, fue en el ámbito externo en donde Nigeria demostró que, si bien sus conflictos internos merman los alcances y por lo tanto le han impedido a este país consolidarse como la indiscutible potencia africana, al mismo tiempo no han comprometido del todo su capacidad de liderazgo o disminuido su voluntad de ser el protagonista de su región con acciones e iniciativas diferenciadas.

Con la serie de negociaciones y acuerdos conseguidos, Olusegun Obasanjo se mostró como el líder ambicioso del periodo estudiado y por ello mantuvo a Nigeria como un referente obligado para las negociaciones con las grandes potencias mundiales.

La evidencia sugiere que el mayor instrumento de negociación y persuasión con el que cuenta Nigeria es su importante cantidad y potencial de recursos energéticos. El actual contexto de competencia mundial por el acceso a fuentes seguras de abastecimiento de energéticos y el interés de las principales potencias consumidoras por diversificar y ampliar sus proveedores, son dos factores que han hecho que gran parte de África Occidental y específicamente Nigeria, se hayan convertido en una zona clave para el despliegue de la presencia comercial (e incluso militar) e influjo político de estas mismas potencias que pretenden velar sus intereses geopolíticos en la zona.

De todos aquellos Estados interesados en los hidrocarburos nigerianos, sin duda Estados Unidos es el que ha desplegado la mayor estrategia de acercamiento y posicionamiento en Nigeria. Esta situación es relevante para la cuestión que ocupó a este estudio debido a que una parte fundamental del comportamiento de las potencias medias emergentes (y potencias medias en general) es el tipo de relación que tienen con la potencia hegemónica. En este sentido, se puede decir que Nigeria no se ajusta a lo mencionado en un inicio sobre el comportamiento o la actitud que en general las potencias medias emergentes mantienen respecto a la gran potencia hegemónica.

En el caso de Nigeria y durante el momento histórico estudiado, no hubo evidencia que apoyara la tesis de que una potencia media emergente siempre presenta una posición retadora del orden mundial establecido, sino que por el contrario Nigeria demostró tener una posición favorable y de acercamiento con la potencia hegemónica más que de desafío del orden mundial que ésta encabeza.

Por otra parte, este tipo de relación con Estados Unidos deja ver otro riesgo principalmente para la soberanía y seguridad de Nigeria. Este riesgo tiene que ver con aquello que se mencionó sobre el tipo de estrategias que la potencia hegemónica puede llegar a desplegar en un momento dado para asegurar la permanencia del flujo de petróleo de Nigeria (proveniente de la región del delta del Níger principalmente) hacia su mercado interno e industria. Como se mencionó, estas estrategias pueden ir desde la negociación para la concesión de contratos de explotación a las compañías petroleras estadounidenses, hasta el despliegue de efectivos militares en las zonas del territorio nigeriano que a los ojos de Estados Unidos son más inestables y por lo tanto amenazan sus intereses energéticos.

En su contexto regional Nigeria también ha usado el petróleo para obtener el éxito en diversos ámbitos de negociación como la promoción de iniciativas al interior del ECOWAS; la utilización de este elemento para la negociación se ha hecho de dos maneras. La primera de ellas ha sido el valerse de la importante cantidad de recursos económicos que recibe por la explotación de sus hidrocarburos, que en comparación con el resto de sus países vecinos en África Occidental, es considerablemente mayor y le da la posibilidad de ubicarse en una mejor posición para negociar, además, sus contribuciones monetarias a organizaciones como la mencionada anteriormente también son muy superiores con respecto a los demás miembros y por lo tanto le otorgan cierta supremacía para la toma de decisiones al interior de la misma.

Otra manera en el que Nigeria usa esta riqueza petrolera es cuando ofrece el petróleo a precios bajos a países que no cuentan con el recurso a cambio de su apoyo en la promoción de diferentes iniciativas que atañen no solamente a la región occidental, sino también a todo el continente africano.

Asimismo, Nigeria demostró contar con el reconocimiento del resto de los Estados africanos como uno de los países con mayor proyección internacional y desarrollo dado su potencial económico y poder político.

En resumen, si bien Nigeria cuenta con todas aquellas características materiales y no materiales para ser reconocida como una potencia media emergente en el sistema internacional, su caso dejó ver un corolario de atributos y comportamientos que otorgan a Nigeria no solo un rol muy característico en su contexto local, sino también que lo

diferencian del resto de aquellos otros países que también podrían llegar a ser considerados como potencias medias emergentes. Elementos tales como su intrincada historia, su desarrollo social y político, su débil democracia, su gran diversidad cultural y étnica, sus atributos territoriales y su riqueza material, todos ellos le han otorgado a Nigeria el peso específico que proyectó hasta el periodo que abarcó este estudio.

Solamente un adecuado tratamiento y atención de sus retos internos y la continuidad de su percepción de sí mismo como un Estado “destinado a liderar”, harán posible que en un futuro Nigeria se consolide como el verdadero gigante africano, ya que de lo contrario su destino se perfilaría incierto y más tendiente a ser el de un Estado condenado a empantanarse en la transición que implica ser una potencia media emergente del mundo en vías de desarrollo.

REFERENCIAS

Aborisade, Oladimeji & Robert J. Mundt (1998) *Politics in Nigeria*, Longman Press, Nueva York.

Afigbo, Adiele E. (1991) "Background to Nigerian Federalism: Federal Features in the Colonial State", *Publius*, 21 (4), Oxford University Press.

Aiyede, Emmanuel Remi (2009), "The Political Economy of Fiscal Federalism and the Dilemma of Constructing a Developmental State in Nigeria", *International Political Science Review*, 30 (3), Sage Publications, Los Angeles/Londres/Nueva Delhi/Singapur.

Alumona, Victor S. (2006) "The Rhetoric of Unity and the Quest for Political Power in Nigeria", *African and Asian Studies*, 5(2), Brill Publisher, Londres.

Anderson, Ewan W. (2003) *International Boundaries. A Geopolitical Atlas*, Routledg, Nueva York.

Bach, Daniel C. (1983) "The Politics of West Africa Economic Co-Operation: C.E.A.O and E.C.O.W.A.S.", *The Journal of Modern African Studies*, 21 (4), Cambridge University Press.

Bach, Daniel C. (2007) "Nigeria's 'manifest destiny' in West Africa: dominance without power", *Afrika Spectrum*, 42 (2), Institute of African Affairs, Hamburgo.

Beblawi, Hazem (1987) "The Rentier State in the Arab World", en: Hazem Beblawi and Giacomo Luciani (eds), *The Rentier State*, Croom Helm, Londres.

Ben-Israel, Hedva (2011) "The Nation-State: Durability Through Change", *Springer Science*, 24, Business Media, LLC.

Blench, Roger (1994) "The Expansion and Adaptation of Fulbe Pastoralism to Subhumid and Humid Conditions in Nigeria" *Cahiers d'Études Africaines* 34 (133/135), L'archipel peul, París.

Brown, M. Leann (1989) "Nigeria and the Ecowas Protocol on Free Movement and Residence", *The Journal of Modern African Studies*, 27 (2), Cambridge University Press.

Buzan, B. & O. Waever (2003). *Regions and Powers: The Structure of International Security*, Cambridge, Cambridge University Press.

CIA (2007) *World Fact Book* en: <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/ni.html>

Cooper, Andrew F. (1997) *Niche diplomacy: middle powers after the Cold War*, Londres, Macmillan.

Cooper, Andrew F., Richard A. Higgot & Ki Richard Nossal (1993) *Relocating Middle Powers in the New World Order*, Ontario, Langdon Hall.

Dinneya, Godson E. & Asrat Tsegaye (2004) "Constructing a Cardinal Measure of Democratic Development in a Transition Polity: The Nigerian Example", *Canadian Journal of Political Science*, 37(2), Canadian Political Science Association.

Fage, J. D. (1980) "Slaves and Society in West Africa, c. 1445-c. 1700", *The Journal of African History*, 21 (3), Cambridge University Press.

Frazier, Derrick & Robert Stewart-Ingersoll (2010) "Regional Powers and Security: A framework for understanding order within regional security complexes", *European Journal of International Relations*, 16 (4), Londres.

Fuller, Graham E. & John Arquilla (1996) "The intractable problem of regional powers", *Political Science Complete*, 40 (4), Orbis Publisher, Nueva York.

Gratius, Susanne (2007) "Brasil en las Américas: ¿Una potencia regional pacificadora?" *Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior*, Documento de Trabajo, Madrid.

Hagman, Tobias & Didier Péclard (2010) "Negotiating Statehood: Dynamics of Power and Domination in Africa", *Development and Change*, 41 (4), Blacwell Publishers, Oxford.

Holbraad, Carsten (1984). *Middle powers in international politics*, MacMillan, Londres.

Ibelema, Minabere (2000) "Nigeria: The Politics of Marginalization", *Current History*, 99 (637), Nueva York.

Idemudia, Uwafiokun (2009) "The Changing phases of Niger Delta conflict: implications for conflict escalation and the return of peace", en: *Conflict, Security and Development*, 9 (3), University of London.

Jordaan, Eduard. (2003). "The Concept of a Middle Power in International Relations. Emerging and Traditional Middle Powers". *Politikon*, 30 (2).

Kaur, Sarabjit (2007) "Institutional Development as a Challenge to Democratic Sustenance in Nigeria", *International Studies*, 44 (3), Sage Publications Los Angeles/Londres/Nueva York/ Nueva Delhi/Singapur.

Klare, Michael T. (2004) *Blood and Oil*, *Henry Holt*, Nueva York.

Klein, Martin (2001) "The Slave Trade and Decentralized Societies", *The Journal of African History*, 42 (1), Cambridge University Press.

Law, Robin (1976) "Horses, Firearms and Political Power in Pre-Colonial West Africa", *Past & Present*, 72, Oxford University Press.

Lewis, Peter M. (2003) "Nigeria: Elections in a Fragile Regime", *Journal of Democracy*, 14 (3). The Johns Hopkins University Press.

Lloyd, Robert B. (2004) "Nigeria's Democratic Generals", *Current History*, Dialnet Publisher, La Rioja.

Lovejoy, Paul E. & David Richardson (2001) "The Business of Slaving: Pawnship in Western Africa, c. 1600-1810", *The Journal of African History*, 42 (1), Cambridge University Press.

Lubeck, Paul M. (1986) *Islam and urban labor in Northern Nigeria: the making of a Muslim working class*, Cambridge Mass, Cambridge University.

Lubeck, Paul M.; Michael J. Watts & Ronnie Lipschutz (2007) "Convergent Interests: U.S. Energy Security and the "Securing" of Nigerian Democracy", *International Report Policy*, Center for International Policy, Washington D.C.

MacFarlane, Neil S. (2006) "The 'R' in BRICs, is Russia an emerging power?", *International Affairs*, Wiley Online Library.

Miles, W.F.S. (2007) *Political Islam in West Africa: State-Society Relations Transformed*, Lynne Rienner Publishers, Colorado.

Northrup, David (1979) "Nineteenth-Century Patterns of Slavery and Economic Growth in Southeastern Nigeria", *The International Journal of African Historical Studies*, 12 (1), Boston University African Studies Center.

Oduwobi, Tunde & Obi Iwuagwu (1997) "Nigeria: An Ethno-Historical Survey" en: Osuntokun, Akinjide & Ayodeji Olukoyu (ed.), *Nigerian Peoples and Cultures*, Davidson Press, Ibadan.

Ojo, Olatunde J.B. (1980) "Nigeria and the Formation of ECOWAS", *International Organization*, 34 (4), Cambridge University Press.

Okolo, Julius Emeka (1983) "Securing West Africa: ECOWAS defense pact" *The World Today*, 39 (5), Royal Institute of International Affairs.

Osaghae, Eghosa E. (1999) "Exiting From The State in Nigeria" *African Association of Political Science*, 4 (1), AAPS.

Osoba, S.O, (1996) "Corruption in Nigeria: Historical Perspectives" *Review of African Political Economy*, 23 (69), Taylor & Francis, Ltd.

Palou, Jordi (1993) "El concepto de potencia media. Los casos de España y México". *Revista CIDOB d' Afers Internacionals*, 26.

Panchaud, Christine; Vanessa Woog; Susheela Singh; Jacqueline E. Darroch & Akinrinola Bankole (2002) "Issues in Measuring HIV Prevalence: The Case of Nigeria", *African Journal of Reproductive Health / La Revue Africaine de la Santé Reproductive* 6 (3), Women's Health and Action Research Centre (WHARC), Nigeria.

Richards, W. A. (1980) "The Import of Firearms into West Africa in the Eighteenth Century", *The Journal of African History*, 21 (1), Cambridge University Press.

Rodney, W. (1976) "The Guinea coast", en: R. Gray (ed.) *The Cambridge History of Africa Vol. 4 from 1600 to c. 179*. Cambridge, Cambridge University Press.

Sandbakken, Camilla (2006) "The Limits to Democracy Posed by Oil Renter States: The Cases of Algeria, Nigeria and Libya", *Democratization*, 13 (1), Taylor & Francis Ltd.

Sanusi, Lamido Sanusi. (2007) "Politics and Sharia in Northern Nigeria", en: Otayek, René & Benjamin Soares (2007). *Islam and Muslim Politics in Africa*. Palgrave Macmillan, Nueva York.

Sklar, Richard L.; Ebere Onwudiwe & Darren Kew (2006) "Nigeria: Completing Obasanjo's Legacy" *Journal of Democracy*, 17 (3), The Johns Hopkins University Press.

Smith Daniel, Jordan (2007) "From Favoritism to 419: Corruption in Everyday Life" en: *A culture of corruption: everyday deception and popular discontent in Nigeria*, Princeton University Press, Princeton, NJ.

Suberu, Rotimi T. (2001) "Can Nigeria's New Democracy Survive?" *Current History*, 100, Nueva York

Suberu, Rotimi T. (2007) "Nigeria's Muddled Elections", *Journal of Democracy*, 8 (4), The Johns Hopkins University Press.

Toye, Olori/IPS (2005) "Gigante petrolero depende de la madera", en: <http://ipsnoticias.net/nota.asp>

Van de Walle, Nicolas (2009), "The Institutional Origins of Inequality in Sub-Saharan Africa", *Annual Review of Political Science*, Cornell University, Ithaca Nueva York.

Whelan, Theresa (2005) "Africa's Ungoverned Space: A new Threat Paradigm" en: <http://www.jhuapl.edu/POW/rethinking06/video.cfm#whelan>

World Bank Atlas (2005) en: <http://data.worldbank.org/data-catalog>

Wright, S. (1998) *Nigeria, Struggle for stability and status*, Boulder, Westview.